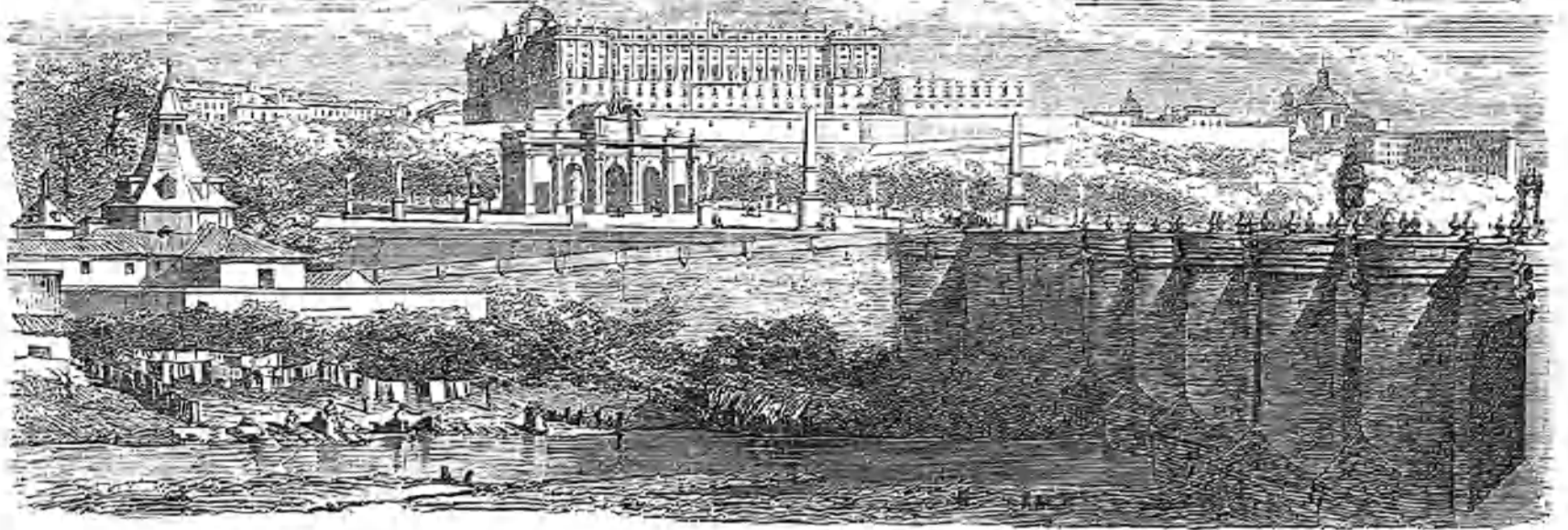


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE JUNIO DE 1870.

NÚM. 12.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—D. Ignacio Rojo Arias.—Breves observaciones acerca del movimiento literario de Cataluña y traducción de una oda de D. Jaime Collet, por D. Antonio Ros de Glacia.—De las competencias políticas para designar monarca en Aragón en el siglo XV (conclusión), por D. Florencio Javier.—Relaciones y armonías entre la naturaleza de los idiomas y el carácter de los pueblos (conclusión), por D. Narciso Campillo.—Costumbres del siglo XVII. El día del Corpus y sus autos sacramentales, por D. Julio Navarro.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernandez Bremon.—Revista monumental y arqueológica, por don José Amador de los Ríos.—Las dos olas, por D. Gustavo Adolfo Becquer.—Octava del Corpus en Sevilla. Los seis de la Iglesia catedral, por B.—Madrid moderno. Techo pintado por el Sr. Vallejo con ornamentación de los señores Ferry y Busato en el nuevo café de Fornos, por B.—Modas, por doña María del Pilar Staues de Marco.

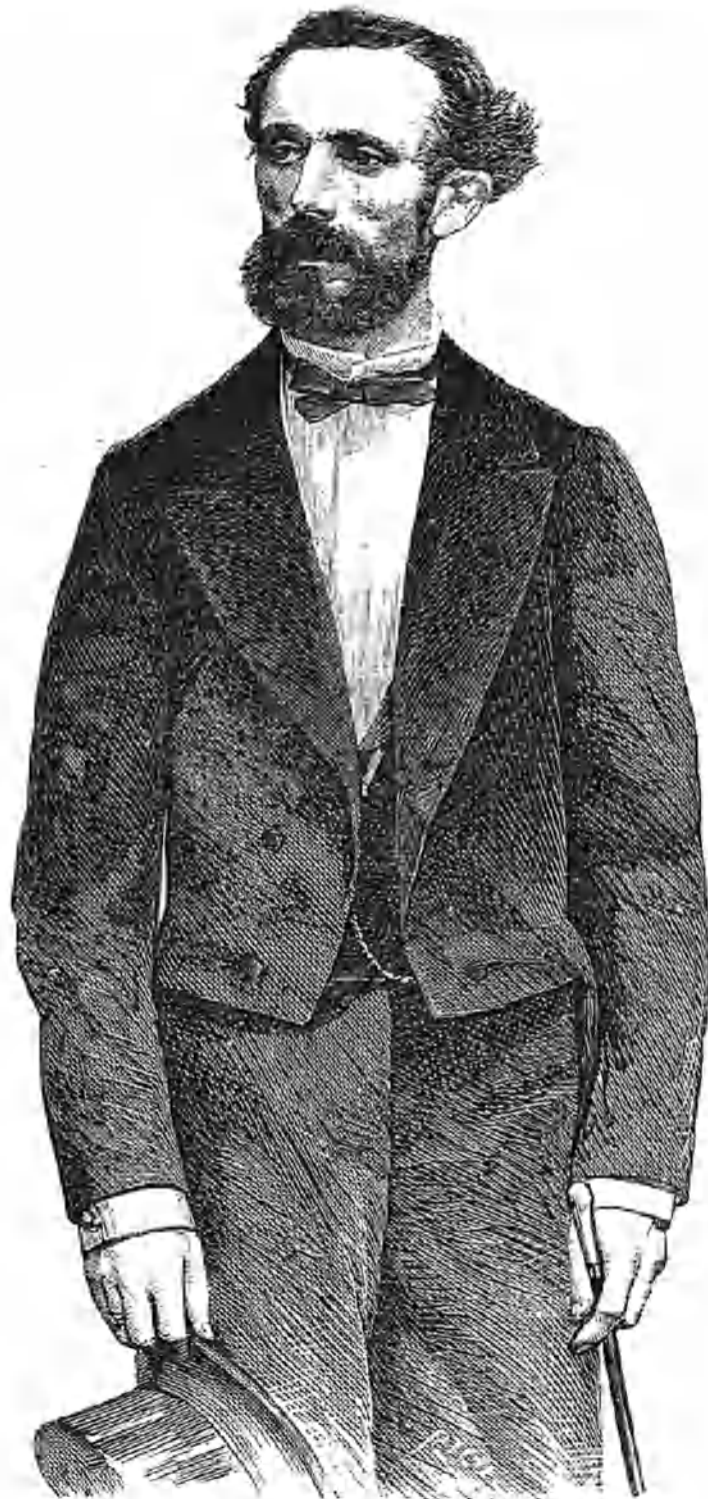
GRABADOS.—D. Ignacio Rojo Arias, de una fotografía de Laurent.—Objetos correspondientes a nuestra Revista monumental y arqueológica.—Octava del Corpus en Sevilla. Los seis de la Iglesia catedral, dibujo de D. Valentín Becquer.—Madrid moderno. Techo pintado por el Sr. Vallejo con ornamentación de los señores Ferry y Busato en el nuevo café de Fornos, dibujo del Sr. Pradilla.—Las dos olas, dibujo de don José Casado del Alisal.—Modas.—Bandidos que secuestraron a los Sres. Bonell y que han sido muertos por la Guardia Civil, de una fotografía.

ECOS.

Espronceda pensó dar á un hombre una vida inmortal y haberle testigo del drama de la humanidad en los siglos. Sabe Dios lo que Espronceda hubiera hecho de aquel hombre que no podía dejar de vivir, si el dispensador de juventud eterna, no se hubiera muerto.

Yo no sé si la inmortalidad es un hecho ó pura y simplemente un dicho. En el mundo físico nada veo que no haya muerto ó que no deba morir. Muere la hoja en el árbol y el árbol en la tierra: la tierra misma desaparecerá, sin duda, como tantos otros planetas han desaparecido.

La materia, me diréis, no parece, se transforma.—Es cierto; pero la transformación de la materia implica cambios tan esenciales, que no hay manera de probar



DON IGNACIO ROJO ARIAS

que un hombre dividido en cuartos es un hombre.

La única inmortalidad á que puede aspirar aquél, es la que da la fama póstuma; inmortalidad tan cuestionable, como que para gozar de ella hay que empezar por morirse.

Existen casos, sin embargo, en que al mortal, por modesto que sea, le es lícito preguntarse si Dios, por un acto de singular benevolencia, le ha otorgado el precioso don de vivir con la vida de los siglos, y en que al universo atónito le puede caber duda de si el fantástico Adán de Espronceda vive y tiene nombre, y viste, y calza dentro de la naturaleza.

Uno de esos casos es el que Vds. conocerán sin duda de un americano que acaba de abandonar el mundo despues de haber vivido en él... ciento veinte y ocho años.

Convengamos en que, por burla que sea la existencia, hay en ese plazo tiempo sobrado para aburrirse.

Pero lo menos cansado, monótono y uniforme de la vida, es lo que por tal tenía Espronceda, el cual cantaba en el momento más inoportuno posible, cuando acababa de conceder la inmortalidad á un hombre.

Uniforme, monótono y cansado
Es sin duda este mundo en que vivimos;
En Oriente de rayos coronado
El sol que vimos hoy, ayer lo vimos:
De flores vuelve á engalanarse el prado,
Vuelve el otoño prodigo en racimos,
Y tras los hielos del invierno frío,
Coronado de espigas el estío.

Y digo que esto es en la vida humana lo que tiene menos uniformidad y monotonía, y produce menos cansancio, porque el sol, las flores, los hielos, las espigas y los racimos, le aburren menos á cualquiera durante ciento veintiocho años que el acto nada poético, supongamos, de tomar todos los días durante ese tiempo chocolate por la mañana, cocido por la tarde y una ración de *Correspondencia de España* por la noche.

Ciento veintiocho años de jugar y perder; de tener celos de la mujer propia y de desear la ajena; de decir bien de sí mismo

y mal del prójimo, y de hablar en invierno del frío, del calor en verano y de lo que á uno no le importa en todas las estaciones!

Y luego, ¡si en esos ciento veintiocho años se fuera siempre joven! ¡Pero setenta años de vejez! ¡Nacer para ver morir á los padres y á los hijos y á los nietos! ¡Volver de tiempo en tiempo los ojos al hogar y encontrartantos asientos vacíos! ¡Dormir á la sombra del árbol de la familia, y al despertar encontrar á nuestras plantas nuevos frutos caídos! ¡Ser como un puente entre las generaciones, y sentir pasar bajo nosotros, sin poder detenerlas, las olas que se van!...

Hasta que la muerte un día nos en la cuenta de que en el siglo pasado se le olvidó llevarse á un hombre, y vuelve por él y repara el olvido.

Los hechos muy extraños han tenido lugar con singulares analogías casi al mismo tiempo: el uno en las llanuras de Marathon, el otro en el campo de Gibraltar.

En ambos sitios, en Grecia como en España, algunos bandidos han secuestrado á súbditos ingleses, y en ambos sitios también casi todos los criminales han expiado su delito con su vida.

Ni el Gobierno de España ni el de Grecia han perdonado sacrificio alguno para conseguir la libertad de los cautivos, dando á estos sucesos tanta importancia como á la más grave cuestión política.

Al ver romper á Grecia y á España en este asunto cierta apatía tradicional, se comprende que tiene razón aquel naturalista que clasificaba al inglés como un ser superior al hombre.

Y, en efecto, yo confieso á Vds. que al cruzar por esas calles y ver uno de esos graves ingleses con su traje de mezcla, con sus zapatos que parecen lauchas, con su paraguas que se asemeja al tronco de un roble con mirriñaque, con sus patillas de figura de teta de vaca, doradas y undulantes como lenguas de fuego, y su tapadera de seda ó de castor en la cabeza, le miro con cierta curiosidad respetuosa que no me inspira los demás mortales.

Y vea Vds. por dónde la actividad desplegada contra los secuestradores de ingleses puede producir un buen descenso en el barómetro del crimen.

Cuenta el autor del *Quixote*, como Vds. no ignoran, que había en Córdoba un loco, que tenía por costumbre traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol ó un canto no muy liviano, y en topando algún perro descuidado, se le ponía junto, y á plomo dejaba caer sobre él el peso.

Sucedió, pues, prosigue Cervantes, que entre los perros que descargó la carga, fué uno, un perro de un buñetero, á quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asíó de una vara de medir y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y á cada palo que le daba decía: perro ladrón, ¡á mi podenco! no viste, cruel, que era podenco mi perro? y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña.

Escarmentó el loco y retiróse, concluye el ilustre manco, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invencion y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer atreverse á descargar la piedra, decía: *¡este es podenco, guarda!* En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gonzques, decía que eran podencos, y así no soltó más el canto.

Es de esperar que á los bandidos les sucederá en adelante lo que al loco de Córdoba, y que cuando tratan de secuestrar á un prójimo cualquiera, le miran y le remiten llenos de temerosa duda, y si quiera haya nacido en Yecla ó en Sanlúcar le dejan seguir libre su camino diciendo: *¡Este es inglés!* ¡Buen viaje... *mi lord!*

Confieso que el día de San Juan me asaltó un descomunal. Por qué, me dije, no se forma una sociedad de bandidos de buen gusto para secuestrar á todos los *marguistas*?

El *marguista* es un hombre... pero, no, es un instrumento parecido al hombre; es un ser que suele hacer falta ya de *mere* al final de una simfonía de *aíres* nacionales; es nuestro despertador en los días solemnes, y no puede casarse, ni ser padre, ni coger un premio de la lotería, ni llamarse con nombre alguno de los que están en

el calendario, sin que se llegue á la puerta de nuestra casa y aseste contra ella su formidable artillería.

Algunas veces no se detiene en el portal. A poca duda que tenga respecto de las condiciones acústicas del edificio, sube á paso de carga por la escalera, y en un descansillo de la misma rompe un fuego horribón, espantoso. La casa retiembla, los techos se agrietan y descascaran, los vidrios de las ventanas caen rotos al suelo, los gatos se espulzanan, ladran los perros, los vecinos tiemblan creyendo que un volcán aparece en el área de la casa... y los *murgistas* *chín, chín, chín, patachén...* entonan para felicitar á un buen señor que se ha casado con una chica como un oro aquello de:

Me gustan todas
En general...
Pero esa rubia
Me gusta más.

hasta que el Jason que ha conquistado aquel vellocino sale conmovido por tan grave y musical declaración, y les da una peseta, diciendo para sí:

¡Oh, cielos, también á estos desdichados les gustan las rubias!

Pues, ¡y cuando le cogen á Vd. en la calle, no habiéndole encontrado en su casa, y le dan convoy hasta la misma regulándole los oídos durante el camino con un fragmento del *Trovador* ó de la *Norma* que se han repartido heroicamente entre un fagot, un clarinete y un fígel? ¡Y cuando en el asedio dan tras de Vd. en una tienda?

¡Y cuando—yo lo he visto!—le atisban á Vd. dentro de un carruaje y se plantan delante rompiendo la marcha como si el vehículo de Vd. fuese carroza de procesion ó coche fúnebre?

Ejercicios en velocípedos, conciertos, fuente maravillosa, ópera, zarzuela, canto bufo francés, baile ídem, Blondin, haciendo todo lo posible para tener un fin cebre, pólvora quemada en abundancia en las batallas sin sangre de los pitoncos, juegos de todas clases, buena fonda para los gastrónomos, ría con harem para los emantados que han leído á Walter Scott y para los que quisieran ensayar una escursión por Venecia; frondosidad, sombra misteriosa, á que prestan más encanto los brillantes globos de colores aquí y allá perdidos y que cuelgan de los árboles como flores de luz, y entre esas sombras, figuras caprichosas y esbeltas, elegantes como los figurines de Watteau ó irresistibles como las majas de Goya; há aquí á vista de pájaro una *soirée* en los Campos Eliseos.

Y sucede en todas las descripciones que siempre se olvida lo más interesante.

Quedábase sin decir que allí hace fresco; fresco legítimo, natural, sin mezcla ni falsificación alguna, sin que tenga que agradecer nada á los abanicos de las damas, ni á las voces de los cantantes.

Verdad es que sin duda se me olvidaba decir que allí hace fresco, porque esa es una de las cosas que no se dicen... sino que se sienten.

—Mira, me decía el otro día un amigo mientras paseábamos por los Campos; allí va una señora, muy fea por cierto, que lleva un traje de un color precioso.

—Es un vestido de color de *agua del Nilo*, le contesté.

—Es verdad... es un vestido de agua del Nilo... con un cocodrilo dentro.

ISIDORO FERNÁNDEZ FLOREZ.

DON IGNACIO ROJO ARIAS.

El voto particular presentado por este distinguido hombre político, en el proyecto de ley relativo á la elección de monarca, ha hecho fijarse la atención pública con nuevo motivo en el diputado que nos ocupa. Hemos oído que ahora más aún que en otra ocasión sentirá interés el retrato que hoy damos. Nuestra satisfacción sería mayor, si las exigencias de la confección de este número no nos impidieran consignar á la vida política y forajese del Sr. Rojo Arias el espacio y tiempo que su mérito, consecuencia y laboriosidad merecen.

BREVES OBSERVACIONES

ALREDA DEL MOVIMIENTO LITERARIO DE CATALUÑA.

Y TRADUCCION DE UNA ODA

DE DON JAIME COLLELL.

Cuando yo era estudiante encerrado en un colegio de Barcelona, no sonaba más musa catalana que la que asistía á cierto actor popular y poeta populachero llamado Robredo. Era, pues, musa ramplona y de vuelo tan bajo, que necesitaba asirse á unos *ventalles* de cartón con mango de caña, para ayudarse del aire movido por fuerza ajena; pero de algunos años á esta parte se advierte en Cataluña una actividad literaria que atrae la atención. No parece sino que los prosistas y los versificadores resurgen evocados de otros siglos, despertando la tradición y *lengua D'oc*.

Comenzó este movimiento (que yo sepa) en un malogrado amigo el Sr. D. Buenaventura Carlos Arribau, y después ha crecido y se ha acentuado tanto, que dejando muy atrás á aquel escritor, siguen retrospectivamente sus continuadores el camino andado por las nacionalidades modernas, hasta alzarse en aspiraciones y en lenguaje con los trovadores simultáneamente reuicados en el Mediodía de la Francia, acá del Ródano.

Poetas franceses y poetas catalanes reunidos en círculos literarios establecen *jochs florals*, y son trovadores, y juglares provenzales, compitiendo en el *Gay saber*.

Si esta actividad, si esta nueva vida literaria, en la forma que se presenta y en el modo que se expresa, inicia algo para mas adelante, no es mi propósito inquirirlo; veo el fenómeno como lo vemos todos, y le consigno de pasada. Si se produce de la política ó de un ardiente amor á la estética literaria, tampoco lo examino; sus producciones así tienden á restaurar aquellos ses deruidos monumentos históricos, como á resucitar una lengua muerta.

Adónde vaya esto, en medio de cuanto la Cataluña desenvuelve hoy en sus esfuerzos fabriles, comerciales, artísticos, científicos, políticos, morales, etc., házquenlo otros observadores imparciales: yo á mi vez amo esa gran patria de mis mayores, tierra en que me crié.

MI objeto es presentar en lengua española una muestra de la altura á donde sucesivamente van rayando los vates catalanes. Así, pues, de entre las poesías de don Jaime Collell he traducido, con alguna libertad, la oda dirigida á *la gent del any any*, premiada en los juegos florales de 1869 con la medalla de oro, y que lleva por epigrafe *Tots se'n van!*

Es el poeta un joven de veintidos años, natural de Vich y educado en aquel instituto de segunda enseñanza, sin haber aprendido más allá de lo que allí se explica, ni haber visto otros horizontes que los que parcialmente se desplazan desde sus montañas hasta el *pla* de Barcelona.

No conozco al hombre más que por informes; pero por las muestras que de su ingenio y vigor he tenido á la vista, creo que se anuncia un gran cantor de su patria. Poeta catalán más típico que ningún otro de los que con el compiten en la gaita francesa, su musa vive en los valles donde ha nacido, para crecer y no salir de ellos; la meca la familia, se inspira en las hazañas y la noble fiereza de sus abuelos; ama, se amarga ó se ensorbece con los recuerdos históricos; trenza con la trompa épica, y llora con el laud de los antiguos trovadores. Puro poeta catalán, canta su patria en el idioma de sus progenitores; naturaleza sana en suelo más afortunado que la Italia de otros días, parece que aspira á un ideal, ménos justificado por cierto, que el de algunos cantores italianos en sus tronos; aunque sin el dolor dislacerante de Leopardi; y coloreado por la geografía y por la historia entre la Italia y la Francia, sus acentos, apesar de la estrechez y áspera condición del dialecto en que los formula, despertan en la memoria los ecos condensados de Manzoni, y tienen mucho del timbre y de los recitados de Beranger.

A los que sólo concedan á los catalanes el espíritu industrial y la actividad fabril, parecerá extraño que yo crea que las áuroras de la Italia artística llegan á aquel pueblo más puros y vivificantes que al resto de España: les diré, sin embargo, que para juzgar esta opinión más no basta haber tratado catalanes, sino que es preciso haber vivido en Cataluña. Allí se sienta, se ve, se aprende, como la Francia influye en las artes mecánicas á Italia en las bellas artes.

Sabido es cuánto pierde toda versión de una lengua á otra. En las obras del ingenio poético especialmente, traducir acomodando el idioma al metro, de manera que se vierta la poesía y se revele al poeta, es empeño punto

ménos que imposible, cuyos resultados son siempre inferiores al esfuerzo.

Si á esto se añade, que si sobre ser el dialecto catalán conciso de suyo y estar ademas plagado de monosílabos y de dicciones agudas, D. Jaime Collell emplea frases elípticas y acude con frecuencia á los arcaísmos, se verá cuán por bajo me habrá quedado necesariamente del fin que me propuse.

En algun lugar me he permitido dilatar la idea del poeta; pues no de otro modo me hubiera sido posible exponerla cabal y perfectamente en castellano para el resto de España, donde por desdicha se va perdiendo algo la práctica de aquellas costumbres patriarcales, tan vivas aún en Cataluña. Por ejemplo, en sólo la estrofa décimasima el Sr. Collell indica lo que á mí para que vaya expreso me ha costado emplear cuatro estrofas; les faltará lo gráfico, será una paráfrasis, pero así va toda la idea, es todo el sentimiento del poeta.

Si en otras partes he condensado, si he sustituido un símil por otro; lo primero ha sido sin menguar el concepto, y lo segundo lo he hecho aconsejado por la índole de los distintos idiomas; pero siempre sustituyendo un análogo por un análogo.

Por lo demás, la oda del Sr. Collell va traducida en el mismo metro y en igual forma que él da á sus estrofas.

En punto á la exactitud histórica, así como respecto á las observaciones de otra índole que acaso hagan al jóvan poeta los lectores, no entro á juzgar; pues mi único propósito ha sido presentarle á los que le desconocen, sea porque él empieza ahora, ó sea porque ellos no se ocupan del renacimiento literario catalán.

ODA DE D. JAIME COLLELL.

Á LA GENERACION DE 1808.

(Se van todos.)

Generación de fuertes nacida á un gran destino,
Tactada por castizas matronas de virtud,
Que á Europa muda, atónita, mostraras el camino
Que emprende el pueblo que odia la vil esclavitud.
Adios, valiente próte de sangre catalana
Que no te doblegaras al vando vendaval;
Y firme en el tosco que empuja el tramontana,
Salvaste el Area antigua de la tierra natal.
Te vas, oh pueblo atrevido que al despertar un día
Sintiendo en tus masas cierta extranjera voz,
Á un peso de cadena que el cuello te oprimía.
Oíste en tus hogares lamentos de extraño son;
Y viendo en tus llanuras emeinas de otra tierra,
Hollando tus sembrados armigeros sin fin;
Al escuchar el nombre del genio de la guerra
Que fulgó con el índice el Pirineo hundié.
Te alzaste... y como abanza la nube pavorosa
Que arrastra por los valles la ruda tempestad,
Diste retrocediendo herida la huella victoriosa
Que el mundo estremecía al vando canmar.
Y cual la granizada que alceza del canaje
Rompe y teñida espigas y no deja vendal.
Tú en las miriadas galas hiciste tal canaje
Que el aguilta traidora lanzó el póster olamor.
Y al César que en su mente febril de enviteas llenas
Espa en un mundo sin límites, de inmensa majestad,
Viera en su sueño espléndido, nublarse en santa gloria
Y el corpon le helaron las bromas de aquel mundo.
Y os vais... y héis por siempre... generación gloriosa...
La huella uno tras otro os llamo á suumbir;
Y el siglo que á par vuestra nació en era española,
Os llamo á cada paso que él do vengo á su fin.
Allá cuando destitida, la pirañeta tierra
De se montaja enalida seraja por el mar;
Pues en la heredad canaje de nieve que se aferra
Del canil rodal perdísimo se ve lejos hollar.
Así quedaban algunos de blancos canchinos,
Serena la sencha frente, emulos de Nestor,
Que era la voz pasada que tanto jugos fiero
Sentidos á un recepto mientras callenta el sol.
Mas, ¿y el vando la hoja, vandi el helado ciego,
Y esas divinas glorias al hoyo canjean...
¿Miras las síncras patrias que con zigzate esfuerzo
A pilanos recubastéis valveréis a pisar?
Solo nuestros vos jolí canja vida humillar;
El ángel del sepulcro sus alas extendier;
Acaso hucia el crepúsculo os lloro la campaña
Que un tiempo os armó el brazo tocando á somatar.
¿Por qué fallaba el brazo en lánguido desmayo,
Si al valguistarse el nombre la muerte se arredra?
¿Y hoy la que huya espantada del ímpetu del rayo
Forma en canja feja al rayo abrasador?
¿Por qué fenecía el héroe, el héroe mestezuelo
Que acude en la celada al bando secular?
¿En qué canja un vando donde se apela al canjo
Sentado en sus muslos al templo del hogar?
Y preguntando al padre por el canjo canjente,
Kato alzara las manos con tímida mudéz.
Y entonces dirá el hijo al padre, que le cuenta,
En lugar de un abuelo, la genio del canje.
Con pena y amor juntos, con dolorido canje,
El vando canjoso quebrado el canje.
Con tremolante canje responderá al canje.
«No legon los guiveros á los hijos vos.
¿Te me seréis... y en vando os pediremos canjas
Recordados de canje... que en canje os canja?
¿Canta, canje, canjentes os podrá con canje canje.

Rapsodias del poema de vuestra inspiración?
¿Será la letra muerta? ¿vendrá la líra historiat...
¡Mas no, que otra más viva se escucha resonar!...
Las huellas que estampaisteis sus páginas de gloria
Que el cerro, el monte, el valle, repiten sin cesar.
Al espirar los días en la hora religiosa
Que dobla el sol las cumbres y suena la oración.
Alíva por los ámbitos, saliendo de la fosa,
Gritando, ¡Dios y Patria! ¡dremos vuestra voz!...
Y antes el Ter y el Segre volverán á sus fuentes;
Y antes Pulgana! fortísimo vendrá á desaparecer.
Que el eco sacrosanto, á vuestros descendientes
Legado por vosotros, deje de responder.
Vuestra gigante gloria es la sublime herencia
Que toca á vuestros hijos entera conservar.
¡Aún la herética seña independenciat!
Y velad catalanes... ¡Oh, padres, descansad!

He presentado mi imperfecto trabajo, y no quiero suscribirlo sin dirigirme al Sr. Collell, felicitándole por la clara muestra que ha dado de su brillante ingenio; y rogarle que me disculpe, cuando al leer la traducción de su excelente oda, exclame: «No y es tal la que yo he dicho; pues con sólo fijarse en la frase que supongo en sus lábios, comprenderá que no es dable condensar tanto el habla castellana que quepa en los límites precisos en que él, manejando un dialecto especial, ha emitido tantos, tan bellos y tan enérgicos conceptos, encerrándolos al propio tiempo en el más noble instante de la historia de nuestro siglo.

ANTONIO ROS DE OLANO.

DE LAS COMPETENCIAS POLÍTICAS
PARA DESIGNAR MONARCA EN ARAGON

EN EL SIGLO XV.

(Conclusión.)

V.

Resuelta al fin la forma de designar monarca, no tardaron los tres Parlamentos reunidos en extender auto de la concordia sobre la manera de declarar sucesor al último monarca. Su contenido era en resúmen el siguiente:

- 1.º Que el negocio de la sucesion se someteria á nueve personas de pura conciencia y buena fama, y tan constantes, que prosiguiesen hasta el fin asunto tan árduo, debiendo declarar y nombrar la persona á quien, segun justicia, se debía prestar el juramento de fidelidad; señalándose para deliberar el castillo de Caspe, del orden de San Juan, y su pueblo, con amplia jurisdiccion, concurrencia y aprobada con plena voluntad y autoridad del Sumo Pontífice.
- 2.º Que estas nueve personas fuesen graduada: de la manera siguiente: tres en primer grado, tres en segundo y tres en tercero; y que no pudiesen llevar más de cuarenta personas con armas ó sin ellas.
- 3.º Que aquello que los nueve ó seis de ellos declarasen, con tal que en estos seis hubiese de cada país, se tuviese por cierto, firme y valedero.
- 4.º Que dicha declaracion debía hacerse desde 29 de Marzo á 29 de Mayo, pudiéndose prorrogar este tiempo, si parecia á los nueve jueces, con tal que no pasara del 29 de julio de aquel año (1412).
- 5.º Que hiciesen voto á Nuestro Señor y jurasen con gran solemnidad, despues de haber confesado y comunicado públicamente, que procederian en aquel negocio lo más presto que pudiesen, y que, segun Dios, justicia y buena conciencia, publicarían el verdadero rey y señor, postpuesto todo amor y odio, y que no revelarían ántes de la publicacion su intencion ni voto, ni el de sus compañeros.
- 6.º Que fueran los competidores oídos á medida que comparecieran, y llegando dos juntos, oyerán los jueces al que mejor les pareciera.
- 7.º Que estando alguno de los nueve impedido, los ocho nombrasen, en su lugar, otro del mismo país ó reino.
- 8.º Que para la guarda del castillo, jurisdiccion y gobierno de la villa, fuesen nombrados dos capitanes, uno aragonés y otro catalán, teniendo cada uno á sus órdenes cincuenta hombres de armas y cincuenta ballasteros, jurando guardar y obedecer á los nueve compromisarios.
- 9.º Finalmente, que nadie pudiese acercarse á distancia de cuatro leguas con gente de armas, de veinte hombres de á caballo arriba, sino los heraldos de los competidores, no pudiendo llevar por cada embajada más de cincuenta personas y cuarenta cabalgaduras, debiendo permanecer reunidos los Parlamentos hasta la publicacion de rey, y prometiendo todos que no revocarían el poder dado á los nueve, acatando sin reparo alguno al nuevo monarca.

Tan luego como fué firmada esta concordia, se envia-

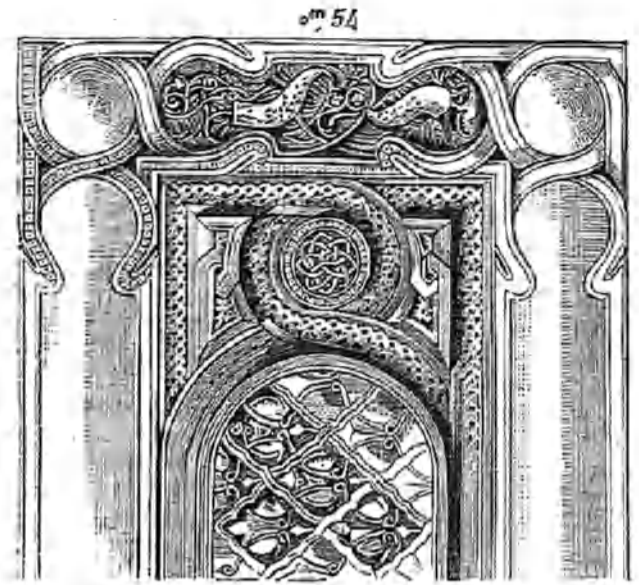
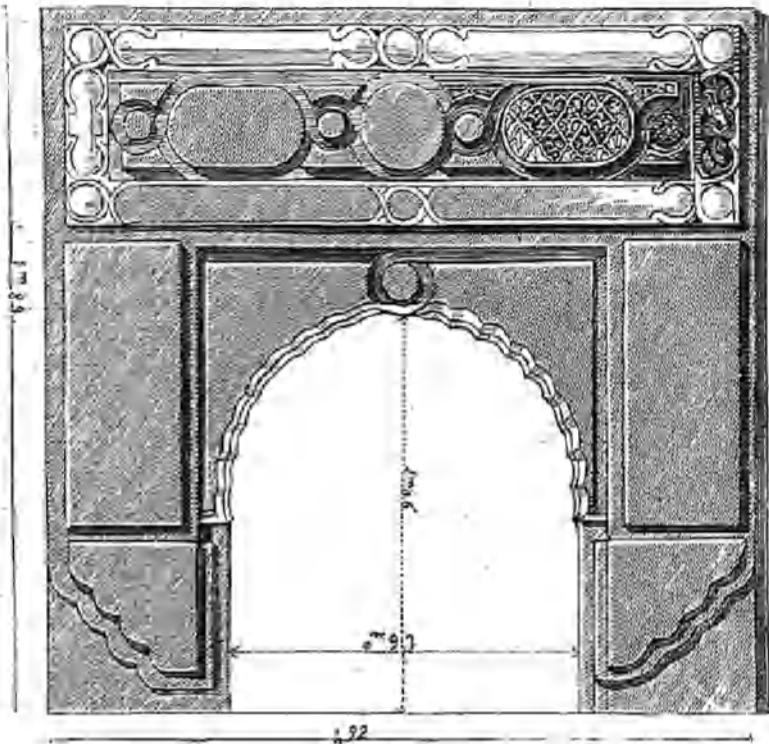
ron atentas comunicaciones ó corteses avisos á todos los pretendientes; es á saber: á D. Jaime de Aragon, conde de Urgel, á D. Luis, duque de Calabria, al infante don Fernando de Castilla, á D. Alfonso, duque de Gandía (que murió ántes de la declaracion y en su lugar fueron pretensores su hijo D. Alfonso y su hermano D. Juan), á D. Fadrique, conde de Luna, y á la reina doña Violante ó Infanta doña Isabel, que tenían todos derechos más ó ménos ostensibles. Faltaba designar los nueve jueces ó compromisarios que debian reunirse en Caspe, y si bien la eleccion recayó unánimemente en muy dignas personas, no fué sin que ocurriesen ántes algunas disidencias, hasta que concordes y unánimes los Parlamentos, publicaron en Tortosa con auto solemne á 16 de marzo de 1412 los nombres de las nueve personas que iban á fallar el gran pleito de la sucesion á la corona. Eran por el reino de Aragon, D. Domingo Ram, obispo de Huesca, doctor en cánones; Francisco de Aranda, donado de Portaceli, de la órden de la Cartuja, y Berenguer de Bardaxi, letrado famoso por Cataluña, D. Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona, licenciado en cánones; Guillen de Vallseca, doctor en leyes, y Bernardo de Guadbes, doctor en ambos derechos; y por Valencia, Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja, doctor en cánones; Fray Vicente Ferrer, del órden de predicadores, maestro en teología, excomulgado apóstol y despues Santo, y Jaufre Rabassa, doctor en leyes, patricio integro y muy estimado. Fingióse, sin embargo, demente este último, por no tomar sobre sí, acaso con mucha cordura, tan grave compromiso, y se nombró en su reemplazo á Pedro Beltran, varon de sólidas virtudes. Gozaban todos los elegidos fama de sabios, virtuosos y prudentes, por lo que su eleccion mereció la aprobacion universal, reemplandociendo entre todos, como un lucero luminoso, el célebre Fray Vicente Ferrer.

VI.

Constituidos el día 16 de abril de 1412 los jueces de la nacion aragonesa en uno de los salones de la fortaleza de Caspe, rodeados de escudero al par que imponente aparato, teniendo á un lado su modesto ascaño á los secretarios del Compromiso, y enfrente los sitios que ocuparon los abogados y procuradores de los pretendientes, abriose aquel gran pleito dinástico y nacional, de que no debía volver á verse acaso ejemplo alguno en el trascurso de los tiempos. «Interesante y no ménos curiosa debió ser la asistencia á aquel célebre jurado, en que las partes eran príncipes y magnates que disputaban una rica diadema, y en que eran los jueces meros apoderados del pueblo, sabios, virtuosos y ajenos de toda ambicion mundana. Representanse á la imaginacion del historiador aquellos jurisperitos, honra de la toga española y oráculos de las leyes patrias, apurando toda su ciencia y poniendo en extremado aprieto su ingenio para convencer á los jueces de la razon que legitimaba las demandas de sus patronos, y pidiendo cada cual para el suyo nada ménos que una real corona. Despertan asimismo la consideracion del filósofo la reverente compostura y el recogimiento con que, acallado el furor de las parcialidades y banderías, olvidaban los oyentes sus particulares afectos, dominados por el gran prestigio de aquel nuevo Arcópago; ejemplo digno en verdad de ser imitado en los tiempos modernos; que sin guardar los fueros de la justicia, apellidada á aquellos siglos con el título de bárbaros. Y sube de punto la admiracion que en nosotros engendra aquel extraordinario espectáculo, al contemplar en el fondo de tan majestuoso cuadro la colosal y simpática figura de un predicador, cuyas sienes iluminaban la doble aureola de la virtud y de la ciencia, y cuya voz sublime habia hecho para el cristianismo las más prodigiosas conquistas. Fray Vicente Ferrer, á quien sus propios contemporáneos elevaron á la adiracion de los altares, aquel ardiente campeón de la fé, que habia volado á su patria para arrojar la oliva de la paz entre los bandos que la inundaban de sangre, brillaba ahora, nuncio de ventura, en medio del Consistorio nacional, siendo para todos prenda segura de que allí donde resayera su fallo, allí debian resplandecer la verdad y la justicia.—Cataluña, Aragon, Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña, todos los Estados que formaban la monarquía aragonesa, y todos los reinos de España, y aún de la Europa meridional, tenían fija su vista en el castillo de Caspe.»

No se hacia esperar demorandose la declaracion del monarca. Despues de apurar el examen de los derechos expuestos por cada uno de los pretendientes, se procedió por los nueve compromisarios á la eleccion, votando por el infante de Castilla, D. Fernando, seis, á saber: San Vicente Ferrer, el obispo de Huesca, Bonifacio Ferrer,

* El Compromiso de Caspe, p. 14. (El Financiero, 1890, p. 62.)



OBJETOS CORRESPONDIENTES A NUESTRA REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

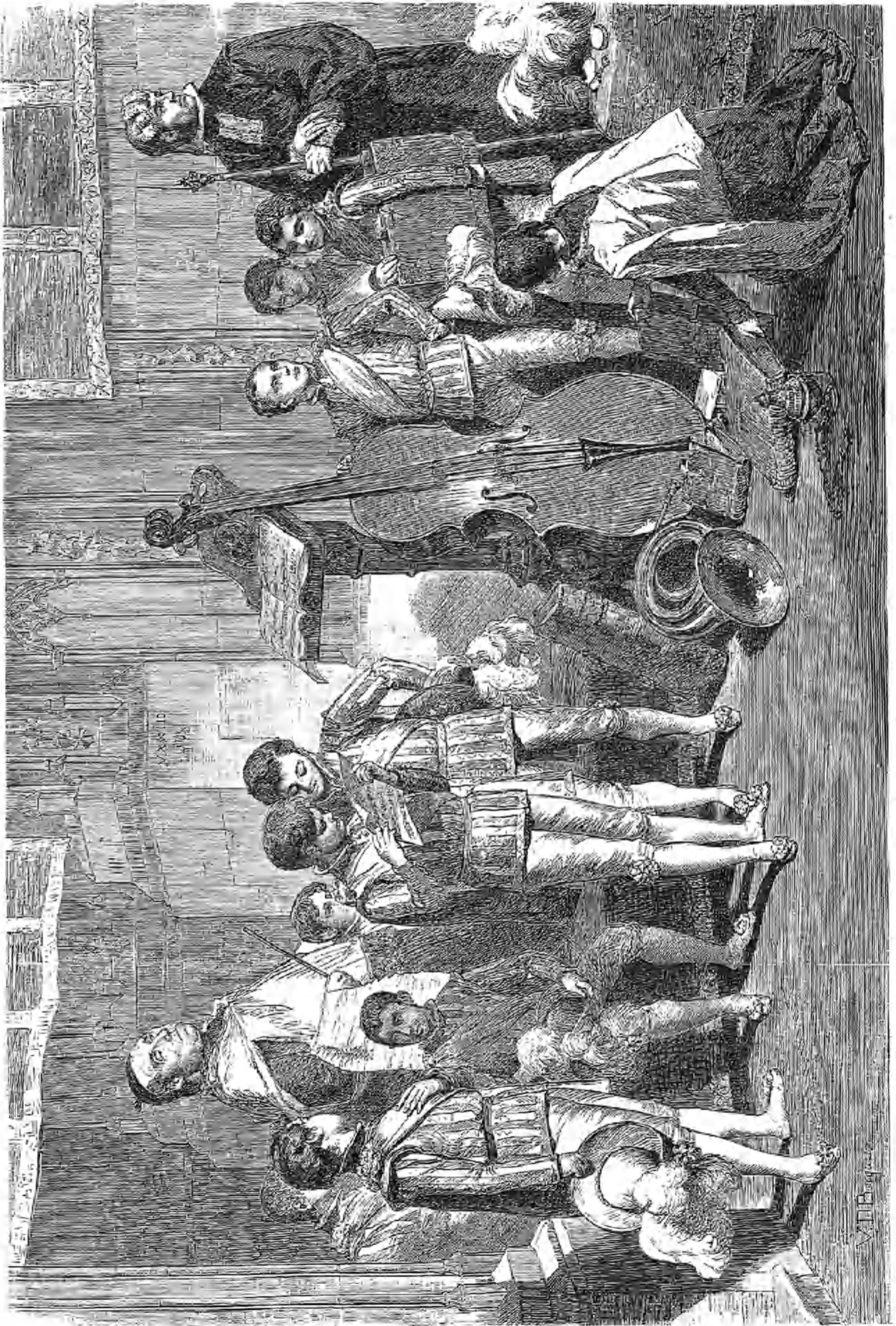
Bernardo de Gualbes, Francisco de Aranda, y Berenguer de Bardaxí; Pedro Beltran, se excusó de emitir su voto, asegurando no haber tenido bastante tiempo para conocer á fondo la cuestión; el arzobispo de Tarragona manifestó que si bien creía preferible en aquellas circunstancias la elección de D. Fernando, tenía por de mejores derechos al duque de Gandía y al conde de Urgel, y opinó finalmente Guillen de Vallseca á favor del conde D. Jaime. Elegido, pues, D. Fernando de Castilla por mayoría de votos, fué aclamado públicamente, levantándose á su nombre los estandartes reales por todo el reino.

Si bien el gobierno de D. Fernando fué lleno de cordura y debía ser provechoso y de paz para todos los pueblos, no dejó al principio de hallar alguna oposición en el mismo D. Jaime de Urgel, desgraciado y mal aconsejado pretendiente, á quien de continuo decía su madre y sus parciales: *¡ó rey ó nada!* Asegurábase que había procurado la muerte de un hermano suyo, aunque esto no pudo confirmarse, y en especial el carácter arrebatado y violento de su amigo D. Antonio de

Luna acababa de malquistarle con muchas gentes. Quiso, sin embargo, D. Jaime declararse en rebelión, y reuniendo sus tropas, se fortificó en Balaguer, desde donde desafió el poder de su afortunado rival D. Fernando.

No tardó mucho el nuevo monarca aragonés, hemos dicho en otra parte tratando extensamente de tan singular suceso, en ponerse delante de Balaguer, donde con grande imprudencia se había encerrado el conde, siguiendo los desdichados consejos de su iracunda madre, que impedían á todos sus actos, lo mismo que los de Luna, el sello del desacierto. Recibió D. Jaime la intimación de entregar sus villas y estados que le hizo el gobernador de Cataluña por orden de D. Fernando; pero la contestación fué disparar algunas saetas á los que desde fuera de los muros desempeñaban aquel encargo. Había llegado el día 5 de agosto (1413) á las puertas de Balaguer el mismo soberano, y reconocido el sitio, se asentaron las tiendas de su mesnada en un cerro alto que está á la izquierda de la otra parte de la ciudad, posición ventajosa para emprender el cerco. Fortificaron el real con un palenque para prevenir las salidas de los sitia-

dos, que según se aseguraba estaban dispuestos á tentar fortuna en el campo; bien que todo se redujo á varias tentativas de los ballesteros de D. Jaime, rechazados siempre con valor por el duque de Gandía, que aunque pretensor, como el de Urgel, á la corona, jurada ya el monarca, había acudido al ejército real con trescientas lanzas escogidas y bien ordenadas. En los otros dos costados de la ciudad tenían sus tiendas el adelantado mayor de Castilla con seiscientos lanzas, y Bernardo de Centelles, Gil Ruiz de Liñori, el mariscal Alvaro de Avila y Pedro Alonso de Escalante, con setecientos hombres de armas. — Tan luego como estuvieron hechos todos los preparativos para apretar el sitio, hizo jugar el rey contra la ciudad rebeldes grandes y enormes máquinas de batir que lanzaban piedras de un peso extraordinario, hundiendo, al caer, techos y paredes de los edificios, y causando entre los sitiados terribles destrozos. No por eso y sin embargo de salir continuamente de la ciudad barones y soldados (merced al indulto publicado), abandonando al desdichado D. Jaime, los pocos que le quedaban afectos dejaban de mostrarse desde los muros



OCTAVA DEL CORPUS EN SEVILLA.—LOS SEISS DE LA IGLESIA CATHEDRAL.

y en las sorpresas ó rebatos como leonas embravecidas. Ni la continua pelea, ni la constante alarma de noche y de día, bastaban para rendir á los sitiados, ni para cansar á los sitiadores. El conde, confiado en socorros extranjeros, y altanero más que nunca, presentábase en los sitios de mayor peligro, animaba con la voz y con el ejemplo á sus soldados, y daba pruebas inequívocas de que, si le faltaba consejo, no carecía del ánimo y valor de sus mayores. Retruídos, sin embargo, los príncipes ingleses y franceses que le prometieron su amistad y su ayuda, no sólo se negaron á secundar sus esfuerzos, sino que enviaron, por el contrario, al campo del rey sus embajadores para confederarse con la casa de Aragón, como lo hicieron el duque de York, el rey Carlos VI y el delfín de Francia. Así los sitiados, robustecidos moralmente y refrescados de continuo con nuevas fuerzas, podían reponerlas á cada instante y alternar en las fatigas con menor cansancio; mientras que Balaguer no recibía un sólo soldado de socorro, que viniese á dar algún descanso á los ballesteros del conde. Desahucados por la falta de alimento, y rendidos á la fatiga, decayó poco á poco el ánimo de los sitiados, propagándose el desaliento al mismo conde, á quien burló el no esperado comportamiento de sus aliados. Don Antonio de Luna, recogido y bien pertrechado en su castillo de Loharre, esperaba el desenlace de aquel drama, sin querer acercarse á la ciudad sitiada, por miedo de caer en las manos de D. Fernando, en tanto que procuraba éste combatirla con cuantos medios había inventado el arte de la guerra en aquellos tiempos. Refundíanse en el mismo campo sitiador las lombardas que se inutilizaban en el servicio; fabricábase la pólvora, y construíanse los castillos de madera que debían arrojarse á la ciudad en el momento del asalto. Pero no fué necesario llegar á tal extremo: apretando el sitio con toda clase de máquinas é instrumentos bélicos; rodeada la ciudad por crecido número de gruesos trincheros y lombardas, cuyas piedras y pelotas de hierro sembraban la muerte entre los sitiados; faltó ya el de Urgel de soldados y de servidores, sin recurso ni esperanza alguna, iba á arrojarse al maro una enorme torre de madera llena de ballesteros, que debían descargarse dentro de la plaza por medio de una escalera, cuando el 27 de octubre atravesó el puente la esposa del malhadado conde, acompañada sólo de dos doncellas, pidiendo ser presentada al rey para impetrar el perdón total de D. Jaime. No quiso recibirla D. Fernando hasta el día 29, en que acompañada del obispo de Malta y del provisor ordinario del obispado de Balaguer, con lágrimas en los ojos y puesta de rodillas, sólo pudo rogar al rey la vida de su marido, exigiendo el ofendido monarca que se pusiese el conde en sus manos sin condición alguna, reconociendo y confesando su culpa.

El día siguiente, dice otro curioso historiador, que fué miércoles, á 31 de octubre, sucedió en la ciudad de Balaguer un auto y ceremonia muy triste y lastimoso, y fué el despedirse el conde de su mujer, madre, hijas, hermanas y vasallos, con pensamiento de nunca más les ver ni poderse consolar con ellos; y siguiendo una ceremonia antigua, había muchos días no se había cortado el cabello, ni habla, y decía no habérsela de quitar hasta verse rey ó nada, que esta era la persuasión ordinaria de la condesa, su madre, que siempre le estaba diciendo en catalán: *Fill, ó rey ó no res*; y como había llegado á tiempo que no era nada, así le quiso quitar en público. Saló este día á la plaza mayor de Balaguer, que llaman el Mercadal, y mandó venir un barbero, y estando todos los de la ciudad presentes le dijo:—Yo, viendo vuestra gran lealtad y fidelidad, y por el amor que siempre os he tenido, no quiero ver esta ciudad entrada, ni á vosotros y á vuestra familia y haciendas maltratadas, y así me quiero meter á mí y á mi hacienda en poder del rey y á la merced suya; y porque yo había hecho voto de no quitarme la barba hasta verme rey ó nada, y sé que soy y será nada, y queda mi voto cumplido, por esto antes de salir de esta ciudad me la quiero quitar, y os agradezco á todos lo que por mí habéis hecho en este cerco y padecido; y, dicho esto, el barbero le quitó la barba y cabello como medio de la plaza.—Movidos en la plaza de Balaguer un lloco y gemido tan grande, que lo sintieron del real, y aún sospecharon alguna novedad; y aunque había algunos que decían que no debía recibirse, sino que se defendiese, que todos le valdrían con la espada en la mano, y que no perdería la libertad sino con la vida, el conde no hizo caso de estos ofrecimientos, porque ni puestos en ejecución le podían ser de provecho.—Salieron con él el obispo de Malta y el duque de Gaudia, y, subido en una mula pequeña, salió de la ciudad, siguiéndole la infanta y dos hijas suyas; y apenas había atravesado los umbrales de la puerta, que luego salieron veinte y cinco ó treinta soldados castellanos, que le tomaron el medio,

atropellando á la infanta é hijas suyas, y los de la ciudad luego cerraron las puertas, y de esta manera lo llevaron á la tienda del rey.—Era vispera de Todos Santos, y el rey había mandado poner un sitio en una sala; pero como concurrían tantos á este espectáculo, le mandó sacar fuera en el campo, á vista de todo el real, y alto.—Aquel D. Jaime de Aragón, dice el mismo historiador, antes tan pretencioso y altivo, salió humildemente de Balaguer (31 de Octubre de 1413) y, arrodillado ante el rey D. Fernando, á presencia de todo el ejército, le besó la mano y le dijo:—Señor, yo vos demando misericordia, y pídovos por merced que vos mandades del linaje donde yo vengo.—Yo vos perdono, le contestó el rey, y osé de vos misericordia, cuando vos otorgué cuanto me demandastes; é agora por ruego de la infanta, mita, vos perdono, que merecíades la muerte por los yerros que habiades fecho; é aseguro vuestros miembros, é que non seades desterrado de los mis reinos. Y mandóle levantar, encargando á Pedro Hernández de Guzman lo llevase consigo á su posada, desde donde fué conducido á Lérida, y de allí á Zaragoza y á Castilla, acabando trágicamente sus días en Jativa, después de diez y siete años de penoso cautiverio.

Tal es el fruto que suelen dar de sí las contiendas políticas para aquellos á quienes la suerte no les es favorable: la expatriación, el cautiverio y la desgracia. Cuán cierto es también que no bastan siempre los votos de los Parlamentos ni la voluntad de los pueblos, para dar una corona, sino que los petros se ganan casi siempre y aseguran por la fuerza de las armas. A ellas tuvo que recurrir D. Fernando, y así bien la desgracia del infeliz D. Jaime de Urgel fué generalmente sentida, y no dejaba de tener notorios derechos á la corona, debe confesarse que la elección de Caspo fué acertada, porque las virtudes del infante castellano levantaron la monarquía á un estado de esplendor, que sólo de vez en cuando nos presentan los anales del mundo. Hé aquí por qué terminaremos esta breve recitación de las competencias políticas de Aragón para designar monarca en el siglo XV con las siguientes palabras de nuestro historiador D. Modesto Lafuente: «Todos los escritores contemporáneos han hecho justicia á las grandes virtudes de D. Fernando I de Aragón, *el de Antequera*, franco y benéfico para todos, aunque inflexible y severo en el castigo de los crímenes contra el Estado; templado, sobrio, moderado en sus costumbres, religioso sin fanatismo, amante de la justicia, intrépido y valeroso en la guerra y, sin embargo, amigo de la paz, general entendido y conquistador afortunado, laborioso é infatigable en los negocios del gobierno; tal era el príncipe que el derecho de sucesión y la voluntad del pueblo aragonés habían heredado de Castilla á Aragón, y mereció los renombres de *el Honesto* y *el Justo*».

FLORENCIO JAYER.

RELACIONES Y ARMONIAS ENTRE LA NATURALEZA DE LOS IDIOMAS Y EL CARÁCTER DE LOS PUEBLOS.

Continuación.

La moderna Italia recuerda la grandeza del antiguo Lazio. Pero debilitada su fuerza por la desunión, y siendo hasta hace poco patrimonio de muchos pequeños príncipes, aún no ha logrado manifestar á Europa su vigor comprimido, y por interrumpida hecha y adormecida. Artista por naturaleza, ve sus campos dorados por el fecundo sol del Mediodía y bañados sus costas por el Mediterráneo; mar donde la Providencia quiso poner el teatro de grandes acontecimientos. El Coliseo medio derruido, las columnas de los templos gentilicios vestidas de musgo, los puentes colosales arrojados de una á otra orilla sobre el abismo, los mil monumentos de una civilización grandiosa y ya muerta, el dogma y la moral de Cristo, dando á todo esto un fondo de sentimiento místico y piadoso; las prácticas ecclésiásticas, llenas de poéticas y tiernas formas; el aire mismo que la imaginación oye cantar entre las lámparas del sepulcro de Virgilio y los púas de Sorruano, forman un conjunto de grandeza pasada y tristeza presente, de afectos encontrados, penfata de recuerdos, esperanzas parlo futuro y excelente poesía, que no puede menos de reflejarse en la lengua y carácter del pueblo.

Así vemos nacer el italiano antes que ningún otro romance de Europa; hacia la mitad del siglo XII muchos sucesos concurrían á formarlo, desterrando por completo el provenzal que anteriormente se había dilucidado por todas partes, y parecía llegar á ser la lengua vulgar de

la península entera. El regreso de los cruzados, trayendo de Oriente nuevos conocimientos históricos, geográficos y de costumbres (pues fué Asia para ellos no sólo un campo de batalla, sino también una escuela provechosa); la reunión de muchas ciudades para formar la célebre liga lombarda, y la fundación de varias universidades, son otros tantos rayos de luz que vinieron á desvanecer las sombras de los primeros siglos de la Edad Media. Fijase el idioma nacional y ensaya sus primeros pasos en las plumas de Guido delle Colonne, Guido de Messina, Arrigo Testa, Piero delle Vigne, sicilianos, y de Gualfredelli, Onasto, Gualteri, Guistón de Arazzo, los cuales aún conservan algunas voces y modismos de sus respectivas comarcas.

Peró estaba reservado á Dante el perfeccionamiento del idioma, así como tres siglos después reservaba España á Fernando de Herrera el de su locución y giro poéticos. Criado el lírico sublime con la ternura y el amor de su madre; enamorado, siendo niño todavía, de Beatriz Portinari; alumno de las universidades de Nápoles, Bolonia y Pádua; embajador en Francia, Roma, Hungría, Nápoles y en la república de Génova; *priore* en Florencia; desterrado y fugitivo de comarca en comarca y muerto por fin en el destierro, escribió su admirable *Vita Nuova*, sus *Canções amorosas* y *morales*, y especialmente su *Comedia* llamada después, no sin razón, *Divina*. Con estas tres obras estableció la verdadera aliteración, refunde en una lengua general las bellezas de los principales dialectos, determina el corte y estructura de la frase y muestra en sus producciones la variedad y excelencia de todos los estilos. Su gran genio aparece con nuevo esplendor en las traducciones de salmos, en sus ecstas y en sus libros *De Vulgari Eloquio* y *De Monarchia*; como si fuese el latín una traba para desarrollar con toda amplitud sus pensamientos. El odio y el amor, poderosos móviles de la pluma de Alighieri, con la galantería de Francisco Petrarca y la ligereza y malignidad de Boccaccio, produjeron obras en donde se manifiesta bajo todos sus aspectos la índole de la lengua.

Energica y algo áspera todavía en el primero; lozana y fuerte en las imágenes aún en la *Vita Nuova*, consagrada al afecto de Beatriz; lánguida en Petrarca, dulce y suavisima; elegante en Boccaccio, tiene sonidos así para las pasiones vehementes como para las delicadas y tranquilas, y alcanza á reproducir las ideales escenas de los tres reinos invisibles, ya en el cielo cante la alegría de los justos, ya descendiendo al lugar donde muere toda esperanza. Hasta la templada amenidad del clima parece reflejarse en el idioma, donde no vemos ese aglutinamiento de consonantes difíciles de pronunciar, ni esa forzada afección á inalterables leyes gramaticales; tanto en el régimen como en la formación de la frase hay movimiento y variedad, armonía y soltura. Hijo predilecto del latín, conserva más que ningún otro sus radicales y construcciones; así como guarda la memoria del poder de sus antepasados y un sello de grandeza en su imaginación y sus aspiraciones, que no ha podido borrar las vicisitudes de los tiempos.

Hermano el idioma francés del anterior, como derivado también del latín, presenta gran copia de palabras semejantes, al mismo tiempo que en otras manifiesta la influencia germánica, y un recuerdo á veces bastante claro del dialecto provenzal. La viveza latina se halla templada en él con la frialdad y mesura de los pueblos septentrionales. Su gramática, la más inflexible de las neo-latinas, sujeta la frase al rigor lógico del pensamiento y es con frecuencia contraria á la elegancia y armonía; la repetición del pronombre hace amanerada la frase; pero le da una claridad y precisión matemáticas.

El influjo del elemento germánico y sajón se manifiesta principalmente en el sonido nasal y oscuro y en el modo de acentuar las palabras; pues aunque la verdadera pronunciación latina es desconocida hoy, por analogía debe inferirse su mayor semejanza con su hija primogénita la italiana, donde ni el acento carga generalmente en las finales, ni hay esa oscuridad de tonos producida por frecuentes diptongos, en cuya pronunciación se adoptan sonidos indeterminados y confusos.

El romance vulgar francés no pudo desarrollarse pronto, apesar de los esfuerzos de Carlos Magno por acclimatar todo género de ciencias en su patria, trayendo con largueza á los sabios de distintos países. En vano en su expedición á Italia trujo consigo al maestro Pedro de Pisa, al historiador de los longobardos Pablo Waracirido, al célebre inglés Alcuino, y posteriormente al español Agobardo y á otros muchos hombres insignes; sus laudables esfuerzos por la ciencia, más dignos de un rey que las dilatadas campañas, se perdieron en la oscuridad de su tiempo, y la luz que pudieron difundir sobre aquel informe país se ha comparado justamente por los historiadores al resplandor fugitivo del relámpago en

una tenebrosa noche. Se adelantó á su época, y luchando el sólo contra la general ignorancia, únicamente pudo conseguir el honor debido á su empresa.

Los progresos científicos hubieran impulsado los del idioma; pues siempre á la idea va unida su vestidura material, que es la expresion. Pero despues de la muerte de Carlos, faltando quien continuase el movimiento iniciado, fué más densa la tiniebla, y el *provençal*, dialecto de los trovadores y la galantería, pareció, como en Italia, que llegaria á ser la lengua de la nacion.

Luégo principiós á desarrollar el francés en Normandía, donde á la par del latin se enseñaba en las escuelas; y desde los versos de Graciano de Tours, pertenecientes al siglo x, monumento el más antiguo de la lengua francesa, va adelantando con paso firme y siendo adoptada por historiadores y poetas, no sólo del país, sino también por algunos extranjeros.

Al verificarse la unidad política, se verificó la literatura, cuando Francisco I declaró oficialmente el francés lengua nacional.

Examinando el vasto panorama de la vida, no podemos ménos de considerar que así como hay naciones cuyo providencial destino es desempeñar un papel importante y decisivo en la grande obra de la civilizaci6n humana, de la misma suerte existen lugares formados al parecer para teatro de trascendentales acontecimientos. No sin razon, pues, el mar Mediterráneo es llamado mar de la historia, por las extraordinarias escenas de que ha sido testigo: no sin razon tampoco pudíramos afirmar que la península ibérica fué campo de batalla de las más distintas razas, ideas y civilizaciones. Apenas existe un pueblo en la tierra que no haya debatido aquí principalísimas cuestiones de comercio, religion y gobierno; y al acercarse en España tales pueblos, ya por sí mismos, ya por medio de sus colonias, han traído á ella nuevos elementos, formando el carácter complejo y vario que distingue á nuestra lengua y á nuestra literatura.

Por el dilatado contacto de España durante muchos siglos con invasores y conquistadores, sufrió numerosas y profundas modificaciones en su lenguaje. Sin detenernos en prolíjas investigaciones acerca del primitivo, por no considerarlas útiles ni conducentes á nuestro propósito, consignaremos solamente que en tiempo de la invasion romana, lejos de hablarse un mismo idioma en toda la península, cada comarca ó provincia de ella tenía el suyo particular, así como también su manera de gobierno y sus jefes independientes unos de otros, y según las circunstancias, ya coligados entre sí, ya declarados enemigos.

Esta multiplicada division en pequeños estados de contrarios intereses y distinto lenguaje, unida al erbo de la riqueza y maravillosa fertilidad del país, fué causa principal de las repetidas invasiones extranjeras que minadas á dominarlo y explotarlo. Desde los cartagineses hasta los sectarios del Korán, la historia sólo nos presenta una serie de conquistadores y colonizadores venidos de diversos puntos del globo, y ejerciendo una influencia tal y dejando tales huellas de su paso, que aun en el siglo viii, según Luitprando, se hablaban en la península el hebreo, el caldeo, el griego, el celibero, el cántabro, sin contar el godo corrompido de las montañas astures, el latín, el árabe y el provençal.

Siendo Roma la nacion que más ámpliamente dominó en nuestro país, y agregándose á esta circunstancia la de su mayor cultura y la de hacer extensiva á España el derecho de ciudadanía, el latin llegó poco despues del reinado de Augusto á ser empleado, no sólo en documentos y escrituras oficiales, sino también en el uso vulgar y corriente, llegando á generalizarse sobre todo otro idioma, como medio de comunicacion familiar, científica y literaria. La historia de la literatura latina enumera y elogia entre sus principales autores á los españoles Quintiliano, Marcial, los dos Sénecas, Lucano, Orosio, Silio Itálico y otros varios.

Mas ya hemos dicho anteriormente que con la invasion gótica sufrió el idioma latino una modificaci6n extraordinaria, aunque prosiguió usándose en nuestra península. Según la escasa ó ninguna importancia que los autores conceden á la lengua de los godos en la formaci6n de la nuestra, no parece sino que estos conquistadores renunciaron de pronto á su idioma patrio y adoptaron plenamente el de los vencidos: lo cual se opone á un mismo tiempo al raciocinio y á la experiencia de todos los siglos. Un pueblo vencido, dominado y aun disperso, podrá abandonar su suelo natal, perdiendo la cuna de su existencia á la que profesa un religioso cariño; pero la última que abandona es su idioma, ó más bien no lo abandona nunca, llevándolo á todas partes donde se encamine como rasto de su felicidad, consuelo en sus desgracias y esperanza de mejores días.

Cuando el venerable Homero nos describe la ruina de Troya, muestra á sus desterrados habitantes llevando consigo adonde quiera que iban los dioses paternos y la lengua sonora de las orillas del Simois y del Xanto; cuando la Biblia nos pinta á Israel cautivo y llorando sus pesares junto á los rios de Babilonia, nos dice que entonaban, acompañados de la lira, los sagrados himnos de su patria; cuando más tarde estos mismos judíos fueron proscritos y diseminados por sentencia divina, han llevado consigo á todos los países del universo el tesoro de su lenguaje, conservándolo, apesar de los siglos y las opresiones padecidas; y si esto sucede tratándose de pueblos vencidos y sojuzgados, cómo los vencedores han de abdicar su lengua, que es casi lo mismo que borrar su personalidad y cesar su importancia!

Si tal cosa fuera posible, ningunas circunstancias más propias para haberse verificado, que las del tiempo en que los romanos conquistaron á Grecia: Roma sólo sabía pelear y vencer; no tenía ciencias, literatura, ni artes, ni conocimiento alguno medianamente desarrollado; mientras que Grecia los tenía todos y á una extraordinaria altura. Sin embargo, los romanos tomaron á los griegos por maestros, los imitaron siguiendo sus huellas en todos los ramos del saber; pero de ninguna manera abandonaron en su obsequio la lengua del Lazio, áspera y ruda todavía; porque la lengua es como la médula y el corazón de un pueblo, y no puede abandonarla sin renegar de su mismo nombre para adoptar otro que no es el suyo y que no le pertenece. El godo, pues, no desapareció ante el latín; por más que así lo hagan sospechar los documentos conservados de aquella época; sino que sería el medio de comunicacion entre conquistador y conquistado, aunque dejando el latín su lugar en escrituras públicas, por ser más perfecto y no interrumpir bruscamente una costumbre secular, consueño los naturales prejuicios que con tal trastorno sobrevendrian. Si aún no se ha estudiado bien este período, no es razon para asegurar un hecho que el raciocinio y la experiencia universal desmienten.

Confirman la opinión indicada las numerosas modificaciones de que en esta época no pudo eximirse el idioma latino, y que demuestran la incontestable influencia del de los dominadores. Ambas se fundieron con otros varios dialectos y con reminiscencias griegas para ir formando el romance; y si este logró consolidarse, evitando que el árabe fuese la lengua general de la península, sólo ha consistido en el odio profundo de los españoles á los sectarios del Korán; odio conservado principalmente por la diversidad de creencias religiosas que alentaban sus esfuerzos para conseguir más tarde su independencia.

Combatido desde su cuna por muchas y opuestas influencias, tomando sus elementos constitutivos de varios idiomas y dialectos, de los cuales algunos son hoy completamente desconocidos para nosotros, fué creciendo y robusteciéndose la lengua castellana, iniciada por el humilde romance de uso vulgar, en que no solamente se expresaban las necesidades de la vida, sino que, elevando su tono hasta el heroísmo, elogaba con los trovadores las heroicas aventuras y espléndidas hazañas de nuestros antepasados; lo cual dió origen á una literatura esencialmente popular, en contraposici6n de la erudita, dominante en los clásicos y entre las pocas personas instruidas de aquel tiempo.

Ambas literaturas siguen desarrollándose á la par, una al lado de la otra: la erudita madura, sin vigor ni perfume, como una flor transplantada á extraño clima; la popular, por el contrario, lozana y llena de vida, con galas propias, con varia entonacion, ignorante de las reglas; pero inspirada en la naturaleza, en la religion y las costumbres, y ajena á esas pálidas bellezas convencionales que no tienen su raíz en las grandes ideas, ni en los grandes sentimientos.

No era dudoso cual de estas dos literaturas, ni cuál de ambos lenguajes en que se hallaban representadas obtendria el triunfo. Tal era la lengua como la literatura, sea la expresion de las ideas y sentimientos de un pueblo; y ningún pueblo puede acomodarse con gusto á ver desfigurado su carácter al representarse por el arte, por más que se le pretenda inculcar que tales obras que le repagan se hallan calculadas sobre los moldes griegos ó latinos, considerándose como muy bellas por todos los humanistas y retóricos.

El *Primitivo del Latín* es la forma práctica más antigua que conocemos en romance. Su estilo es toscó y rudo, la verificaci6n infirme y su armonía; pero ya en él se describen los rasgos energicos de una gran lengua en vías de formaci6n. Tal vez algunas de las cántigas y canciones de nuestro Romanero nacional sean más antiguas; pero habiendo sufrido la refundici6n de poetas posteriores, la forma primitiva ha desaparecido, aunque

por su fondo de verdad y sencillez podemos colegir su antigüedad. La influencia progresiva del romance y su mayor perfeccion múestranse claramente en el decreto del santo rey Fernando III, mandando traducir el código visigodo ó *Puerto Juzg.*; y por Alfonso el Sábio, declarando el romance lengua nacional, haciendo que en él se redactasen todos los documentos y escrituras públicas, que hasta entonces sólo se habian extendido en un latin pobre y degenerado, y dando por sí mismo un ejemplo de altísimo valor con las *Partidas*, el *Puerto Real*, la *París frañs castellana de la Historia Biblica y Sagrada* y la *Conquista de Ultramar*; parte de cuyas obras redactó por sí y parte se escribieron bajo sus auspicios y correccion.

A tan grande altura llegó nuestro idioma entonces, que es preciso pasar un largo período de más de un siglo para encontrar la misma gallardía y riqueza de expresion y una estructura tan variada y flexible en los períodos. Verdad que las continuas luchas y desastrosas guerras ya contra infieles, ya entre los mismos príncipes cristianos, desviaban la atencion del estudio, fíjando todos los ánimos en los hechos de armas que rápidamente se sucedian.

El reinado de D. Juan II de Castilla puede considerarse como la época de juventud de nuestro idioma, y el tiempo del insigne Fernando de Herrera como el de su vitalidad y perfeccion.

Siendo el idioma de un pueblo que en la época de su desarrollo ha dilatado más que ningún otro su dominio, descubriendo nuevos mundos para llenarlos también con sus hazañas y famoso nombre, el idioma castellano es el más aspirado, sonoro y majestuoso de Europa: Tiene la noble gravedad latina, y en su imposibilidad y fuerza recuerda la energía del árabe; el latín pertenecian la mayor parte de sus radicales; conserva también su manera de conjugacion, excepto en la voz pasiva, pues la forma con los auxiliares *ser, estar y haber*, como los derivados del mismo tronco; y manifiesta la influencia árabe en la adopci6n de algunas letras, en la abreviatura del *tesclabé*, en la grande copia de voces y giros y en las particulares entonaciones que le da. Sin faltar en lo más mínimo á la claridad, no necesita repetici6n fastidiosa de la multitud de partículas y verbos auxiliares del francés ó inglés; y teniendo éntro variedades para significar las diferencias del tiempo pasado, aventaja en esta parte al latín, que sólo posee tres para expresar tales modificaciones. Su carácter general es la gravedad, la fuerza y la nobleza, sin que por eso carezca de flexibilidad y de esa precisión de que abusaron los conceptistas; pudiéndose calcular con asombro el efrenó inmenso y vario de manifestacion que abraza, leyendo las ingeniosas é intraducibles obras humorísticas de Quevedo, y escuchando despues las grandiosas armonías de Fernando de Herrera, que hicieron exclamar con entusiasmo á un hombre tan entendido como el Félix español Lope de Vega Carpio: «Aquí, aquí no llega ninguna lengua del mundo; perdónenme la griega y la latina».

NARCISO CAMPILLO.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

EL DÍA DEL CORPUS Y SUS ACTOS SACRAMENTALES.

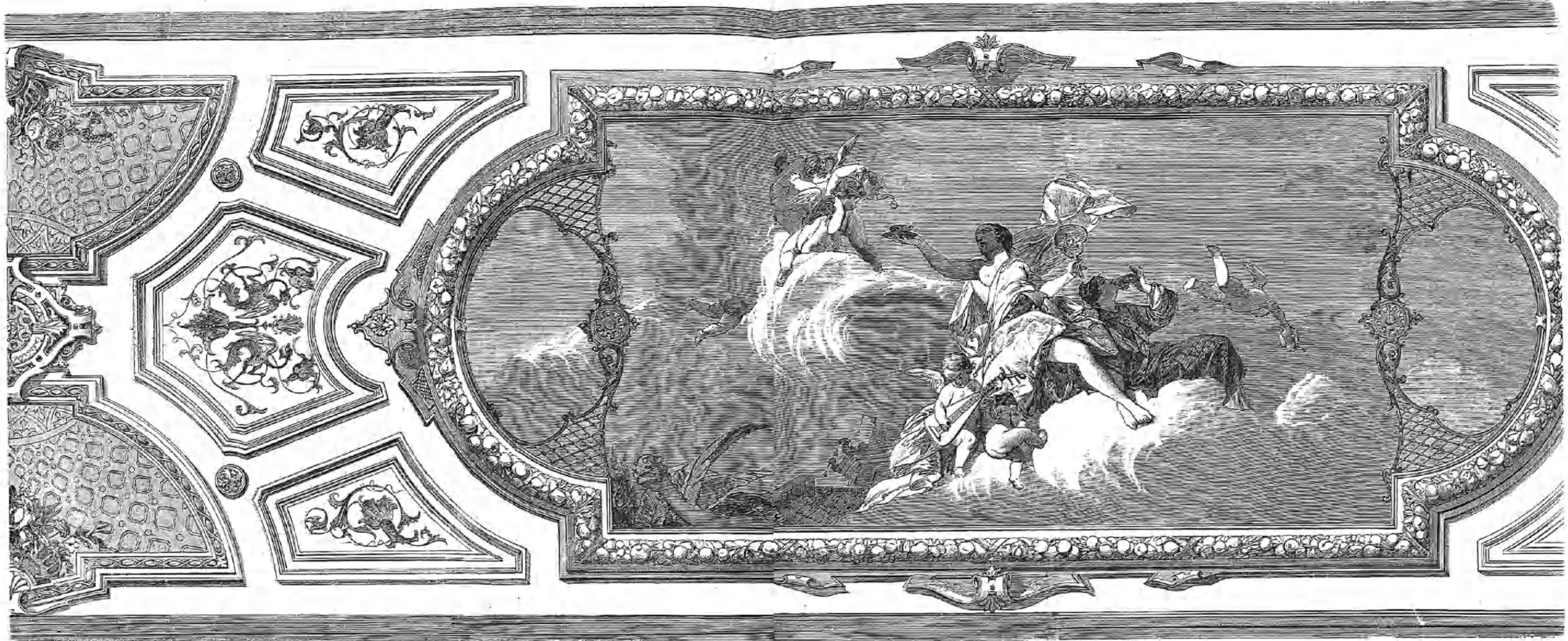
El religioso fervor de nuestros mayores, que tan profundamente imprimía en todos los usos y costumbres su piadoso carácter, hizo ser muy señaladamente en el entusiasmo y singulares pegoejos con que celebraba la fiesta del agosto y sacratísimo misterio de la Eucaristía, en su solemnidad, llamada vulgamente el *Corpus*.

Arduos devotos, y siguiendo el impulso de la veneracion que todas las cosas que atañian á la religion les inspiraban, no es mucho pensar que en los obsequios tributados á tan sublime asunto, hiciesen mayor agasajo que en ningún otro y fuesen más y más peregrinas las invenciones.

Entre todas, la que más sobresalía, si bien ha desaparecido ya, mientras que otras se conservan, era la celebraci6n de los *Actos Sacramentales*.

Eran éstos unas representaciones dramáticas con asuntos místicos, imitacion de los antiguos *Misterios*, en componer las cuales se emplearon los primeros y más floridos ingenios de nuestra España.

Pero antes de hacer ver qué cosa fuese tal funcion profano-religiosa, principiare por describir cómo empezaba á solemnizarse: el *día del Corpus*.



MADRID MODERNO.—TECHO PINTADO POR EL SEÑOR VALLEJO, CON ORNAMENTACION DE LOS SEÑORES FERRY Y BUSATO, EN EL NUEVO CAFÉ DE FORNOS.

Aquel cantar que dice:

Tras Jueves hay en el año
Que relumbra más que el sol;
Jueves Santo, Corpus Christi
Y el día de la Ascension.

Bien claro demuestra la predilección con que á tan solemnes días siempre se ha mirado; así que no es de extrañar que cuando llegase el del Corpus, todo el mundo, grandes y chicos, hombres y mujeres, manifestasen de algun modo su contento.

Empezaban por preparar sus galas, poco más ó ménos como hoy se hace, y como era notorio que aquel día cada cual se presentaba *lucido al uso*, lo más galán que pudiera, ensayábanse todos en atildarse.

Habíase de celebrar la *procesion* por la mañana y las representaciones de los Autos Sacramentales por la tarde; así que los muchachos que desahaban lucir su donaire ante las bellas, los que hoy llamamos *elegantas* y entonces se conocían con el nombre de *lucidos ó lindos*, tenían en incansante movimiento á los artífices de sus galas.

Muy en uso estaban entonces los aceites, olores y unguentos de caballos, barbas, manos y vestidos, de suerte que era ésta una de las cosas en que más esmero se ponía; así que no faltaban del aposito de una dama ó un lindo el ámbar, agua de rosas, de azahar, jaboncillo veneciano, aceite de estoragne, de manjás, de violetas, de piñones, de alféfogos, de altramuzos, canutillo de albayalde, sulfiman labrado para blanquear al cutis, tuacano de coque y otros linaje.

El que cuidaba de sus bigotes no se acostaba nunca sin ensayárselos en bigoteras con anquinos, que tras de conservarles lustrosos, los rizaban, dejándolos dispuestos del modo más conveniente.

Este día, más temprano que otros, era respetado por

el barbero, que venia apercebido para adobar y pulir su cabellera y barba.

Allí entraban los primores para haberle de atusar la *jautilla ó copete* que encima de la frente como montecillo de cabellos se levantaba *.

Esta, como otras muchas cosas, fué corregida por las pragmáticas de los monarcas, que se habían propuesto meter en vereda el deseo de lucir de sus súbditos, prescribiéndoles el traje y su calidad, aunque por las repetidas veces que tuvo de ordenarse lo mismo, se puede congeturar sin gran trabajo el respeto que tales pragmáticas conseguían.

En el año de 1629 se prohibieron los copetes hasta el punto de imponerse penas á los barberos que los hiciesen, siendo tal la ojeriza que á tales galas tuvo el monarca, que mandó que á ninguno que llevase copete ó jautilla se le admitiese á su real presencia, ni tampoco en las audiencias se les oyese sobre ningún linaje de presunzanas.

Ya aderezada la castellera, era cosa de hacer lo propio con el resto del cuerpo, y aquí entraban los primores del lindo.

El color del vestido habia de ser negro * y más en día tan solemne; pero como los malditos gragüosos y calzados dejaban lucir la pierna, al que podía blasonar poco

* La operación de pelar el copete se hacia con un hierro apropiado llamado *alpujar*. Así en *La dama de noche* de Calderón dice don Augustín á su criada, al encontrar este atusillo en la maleta de su hijo: *Muestra si ver (hija) aquí hierro de simonchita parero. Mas estas son (hija) niñas. Y el atusillo del copete. Y los bigotes, mostrá.*

* En la misma comedia dice el gracioso Cosme á su señor: *Allí (señor) vestido de negro. Mas de andar, y esto se hace. Del tomar un ferrocuello.*

de sus buenas formas, enmendaba á la naturaleza, supliendo sus faltas con algodones.

Atormentaban sus cuellos con los que almidonados se ponían, llamados de *tehuayilla* y de *arandela*, porque se los rizaban formando unos gruesos canotos de varias medidas, que las pragmáticas redujeron á la de *ocho anchar*.

No contento con esto Felipe IV las hizo abolir en 1623, sustituyéndolos con *velonas* á la francesa, que habían de ser *llanas*, sin invencion, puntas de randas, cortados, deshilados, ni género alguno de guarnición; así como tampoco habían de estar aderezadas con polvos azules, ni de otro color, ni se permitía que al plancharlas sacasen el *tehuayado* con los hierros que para ello habia, llamados *abrotadores* *.

Poco después de publicada la pragmática que contenía estas prohibiciones, vino á la corte de España el príncipe de Gales, y con motivo de su llegada se consintió, como mereced y holgura, la no observancia de la pragmática mientras la permanencia del príncipe, siendo esta causa de que por entonces se relajara su sanción.

Por estos términos se iba engalanando el lindo, sin que en ello le llevase ventaja la mujer más preciosa de su belleza y atavíos.

Y no es que las damas no se atildasen con esmero sumo; que pues ella es en las tales instructiva inclinación, no es menester asegurarlo mucho para que se le dé crédito.

Pero no entraré ahora en pormenores de sus tragea, dejándolo para su respectivo artículo, ni diré que por la ya citada pragmática de 1629 se les prohibía llevar guarda-infante ó otro aderezador parecido, de lo que sólo se exceptuaban las que el vulgo llamaba *mujerés enamarradas ó mozas del partido*.

* Por la citada pragmática de 1623 se prohibe ser *abrotador* de *trubios*, su destierro y vergüenza pública (Nueva Recopilación).

No referiré cómo se les impedía usar basquiñas de más de ocho varas y cuatro de ruedo, siendo de seda, y lo mismo en los *faldelines*, *mantos*, ó lo que llamaban *polleras ó serbiagados*, que era un cierto género de vestido que usaban debajo de la basquiña.

No hablaré tampoco de la prohibición de llevar zapatos, usando de *verdugado*, porque con el ruido que hacia dejaba registrar dicho calzado; pero sí gastaban chapines, con tal que no bajasen de cinco dedos de tacón, eran dueñas de usar el *verdugado*; nada diremos de todo esto ni de cómo quedaron *vestidos* los señores, excepto á las mujeres ya citadas, porque todas estas disposiciones se obedecían corto tiempo, hallando luego medio de burlarlas.

Así ataviados dábanse todos á *ruar* ó *callejear*, esperando la hora de la procesion, bien en la carrera, bien en las ventanas de los amigos.

Las campanas anunciaban la solemnidad, y las numerosas religiones y cofradías iban llegando con measured paso al templo, á donde los fieles acudían con curiosos y los forasteros con su curiosidad.

El monarca, sus consejeros y la nobleza asistían á tan solemne fiesta, demostrando en su porte grave y respetuoso, al par que modesto, que todas las grandezas de la tierra son muy poca cosa ante la de Dios, hecho hombre, cuyo sagrado cuerpo aquel día se conmemoraba.

Pero como siempre y en todos los tiempos ha habido gentes que han dado un saugo torcido á las cosas, no faltaban algunas que andaban con un fin puramente mundano, como era el de ver y ser vistas, atendiendo con poco respeto á los misterios que tales ceremonias simbolizaban.

Y esto sucedía, según lo aseguran escritores contemporáneos, en un tiempo en que tan hondamente se hallaban grabadas en los corazones la piedad y la religion, de

dónde puede deducirse, cuando se nos habla de lo pasado como de un modelo, que pudiera ser bien no más que el prurito de elogiar lo que fué, porque ya dijo el antiguo poeta Jorge Manrique

Como á nuestro parcer,
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor.

Los que en su casa recibían á los amigos y conocidos, debían de preparar el agasajo para aquellos que les hacían la merced de trastornar el órden acostumbrado.

Era ya por entonces el chocolate uno de los principales obsequios de estos casos, si bien para la procesion del Corpus, poco á propósito, por ser á una hora desusada para eso; pero en cambio habia en sus correspondientes salvillas agua de naranja, de fresas, de canela, auroras, moséis, bebida imperial, boca de dama y agua de nieve con panales, y eso que los helado era cosa conseguida de pocos por su dificultad y coste, á causa de haber muy corto número de años que Paulo Charquias habia inventado los pozos de nieve *.

En tanto que la fiesta religiosa llegaba, estaban conversando de los asuntos del día, como del sermón que habia predicado el anterior el P. Hortensio Paravicino, con tan nuevos conceptos y culto y grande y abismosa lenguaje, que habia sido el pasmo de cuantos le habían oído.

* A esta costumbre de vender helados, que por entonces empezaba, alude Tirso de Molina en *Marta la Piadosa*, cuando dice en boca de esta:

Seran amantes formados
de los rubios canchales,
Que, para que no los helates,
frío á verte adorado;
porque como cada día
Trucan las cosas los Píalos,
Y va se *melosa* los helates,
Estimárame por él.

Habíase luego de cómo habia corrido toros en la Plaza Mayor Cautiliana, poniéndoles rejonas como ninguno, lo que habia llevado tal concurso al sitio de la lidia, que no se encontraba un asiento en un tablado ni por un ojo de la cara, y eso que los carpinteros habian estado poniéndolos más de tres días consecutivos; pero todo era poco en tales ocasiones.

No se dejaba de decir algo de las funciones que su majestad preparaba en el Buen Retiro para solemnizar la verbena de San Juan, y por último, se elogiaba por extremo el *Auto Sacramental* que iba á representarse aque la tarde, uno de los más ingeniosos y de más invencion de tramuyas y máquinas que habia salido de la pluma del famoso D. Pedro Calderon.

En estas veinas venir á lo lejós, por debajo de los toldos *, la procesion, que anunciaba una no interrumpida vocería de chiquillos, corriendo delante de *la Tarasca*.

Era ésta un horrible monstron de carton, que en alg parecia á una sierpe, y con tal artificio dispuesta, que alargaba á las veces el ensortijado cuello hasta llegar las cabezas de los absortos ó demitidos piparos y le quitaba el sombrero con no poca algazara del concurso que colchaba la matrasa y el estupor del forastero *.

* La costumbre, que aun hoy se usa, de entoldar las calles y la carrera por donde ha de pasar la procesion, ya entonces se conocía, según dicen las siguientes cuartas versos del licenciado Pedro Ariza Pavez:

Á los que son langarutos
Pusieron en lugar de vigas
Todos los días del Corpus,
Con las vigas de la vida.
(Colección destinada á Tirso de Molina, 1628.)

* En una comedia de San Cristóbal, que cita Lope en su *Comedia* (Parte II, Act. IV, esc. III, vers. 216), entre otros personajes, Tarasca y aludiendo á esta costumbre, dice:

Y con estas aceros
Tragás querubines por sombrero.

...nido en tres compañías; mirad cómo Ponce, aun en el Auto, hace guiños á la Blanquita, pero esperad, que luego saldrán las mozas de más brío de la compañía.

—Si no me engaño, Sanabria, esa que ahora sale de blanco y que representa la Puraza, es Juana de Trujillo, que tanto dió que sentir al capitán Lorenzana.

—¿Quién sino el diablo pudo tener la ocurrencia de cargar tal virtud á la Sanguijuela, como han dado en llamarla, por lo que chupa las bolsas?

—Le ofreció á la Ley de Gracia un rubí, emblema de la pureza, nunca imaginó que mejor le presentaría cost que más la dañara, pues creó que las tres enojadas no sé que cuestión de celos de un perulero que regala á la Sanguijuela.

—Profanas lenguas tenéis, hermanos, que ni aún aquí descansan, añadió otro; valiera más callar y oír, que en ello todos ganáramos.

Esta recomendación sirvió para que por entonces cesasen el líbido, dejando ver y oír á los otros personajes que fueron saliendo, á saber: primeramente el *Dolor*, que ofreció, para otro rayo de la custodia, una amatista, piedra que decía conserva la memoria.

Siguieron el *Amar* y el *Amor*, el cual le ofrecía una espinela: el *Terror*, que salía luego, entregaba un topacio, en cuya amarillez estaba simbolizado.

El *Propósito*, que venía después, traía un diamante, emblema de su firmeza, y con él quedaba completo el adorno de los seis rayos de la custodia.

El respeto que al concilio infundía la presencia del monarca, era el freno que le contaba para no manifestar con ruidoso aplauso el agrado con que escuchaba las ingenuas alusiones del autor y el maravilloso artificio con que explicaba, á lo divino, las propiedades de aquellas piedras preciosas.

Entonces, con vestiduras pontificales, salió el *Orden Sacerdotal*, trayendo un cáliz con una hostia, destinada á la custodia.

No poca risa causó al grupo antes mencionado, ver al sacerdote que aquellos santos emblemas traía, recordando que en la noche anterior, después de haber andado á tragos en una *arrieta**, anduvo á cuchilladas con el lacayo de un marqués, que de su música á cierta dama, sobre su palabra, que vivía al servicio de las venerables tocas de una doña Aldonza, viuda reverenda, cuyo rosario daba más vueltas que cangilón de noria.

Después que explicó su objeto, dióle gracias al Género Humano por el sacro presente que le hacía; mas la Ley de Gracia díjole que no era bastante aquello, sino que debía hacer un *Auto*, y que éste fuese el de *El Pintor de su deshonra*, y en tanto se preparaba que cantasen y bailasen con hachas en las manos, emprendiendo entonces unos trenzados todas aquellas figuras alegóricas, acompañando procesionalmente al *Orden Sacerdotal*.

Aquí terminaba la loa y se daba un poco de respiro al público, que se preparaba á entrar en el *Auto* prometido.

Pasado un breve intervalo, empezaba, poco más ó menos de la misma suerte que la loa, por lo que sólo muy brevemente le relataremos al lector.

El argumento del *Auto* era presentar al hombre creado por Dios en el estado de la inocencia, y cómo luego el común enemigo maquinaba el medio de hacerlo incurrir en desgracia de su Hacedor, merced á la *Culpa*, como en breve le conseguía, perdiendo no obstante el trato de su inocencia, gracias al insalvable misterio de la Redención.

Es de advertir que el Diablo componía, de tiempo inmemorable, importantísimo papel en los *Autos*, con sus cuernos y su cola, atributo inexcusable del príncipe de las tinieblas.

Solía presentarse en escena manifestando en su porta la soberbia de su rebelde condición y recitaba con voz gruesa y destemplada, dando gritos y voces, como si quisiera hacer el ridículo. Entraba precipitadamente y saltando con el *hó, hó!* y cuando salía era del mismo modo, diciendo *hó, hó!*

A poco del intermedio empezó el *Auto*, abriéndose el primer acto y subiendo al tablado el *Lacero* á hacer, cumpliendo del proyecto que Dios tenía de crear al hombre, y se propuso hacer perder á este su inocencia, auxiliado por la *Culpa*.

Grande lucha tuvieron Benavides y Sanabria viendo hacer este papel á la misma que *Autos* había representado la *Ley de Gracia*, que de seguro estaba con mayor propiedad en su nuevo papel.

Poco después salió el *Pintor*, que simbolizaba á Dios, que habiendo criado en cinco días el Universo, iba entonces á pintar al hombre, para remate de su obra, presentándole la *Armonía* la paleta con los colores, la *Gracia* el lienzo, y la *Gracia* los pinceles.

En breve apareció la *Virgen alea*, emblema del hombre, salido de manos del *Pintor*—Dios—y no tardaban mucho en hacerle pecar, comiendo la manzana, la *Culpa* y el *Lacero*, quien ostentaba un espantoso traje de dragón.

Conspiraba con ellos á esta obra de perdición el *Atbedrión*, que era el gracioso, en traje de villano, y decía sus chistes y equívocos.

Después de mostrarse la colera divina con un diluvio, adjudicase la justicia eterna y se anunciaba el misterio de la Redención, con que había de rehabilitarse el hombre y quedar el *Lacero* vengado.

Nuevas músicas acababan el *Auto*, y con hachas, emblema de grande gritería, se dirigían á otro punto, en que los carros volvían á repetir la misma función, que duraba muchos días consecutivos, gracias á la gran popularidad que había alcanzado.

No se crea por esto que los *Autos Sacramentales* no tuviesen admirables ensayos aun en los tiempos de su mayor fausto y esplendor, y forzoso es confesarlo, no desprovistos de razón, pesáralos á los que los defendían á capa y espada, fundándose sobre todo en lo característicos y nacionales que eran, el par que muy devotos y ejemplares para la muchedumbre, que allí aprendía el vivo pasaje de los libros santos.

Ya en los tiempos de Felipe II se presentó á esta monarca un memorial pidiendo la supresión de tales fiestas, fundándose en las irreverencias, que se capta de religión se cometían, teniendo ciertamente mucho de profanas y harto poco de sacramentales en la representación.

Buena prueba de ello es un hecho que en apoyo de su pretensión citaba el recurrente, y era que en un auto de la vida de Nuestra Señora, los dos faros encargados de representar á la Virgen María y al Patriarca San José vivían amancebados, con notorio escándalo, asumiendo que en el acto del nacimiento, como se imaginara el amante que la dama miraba con sobrada afición á un sujeto de quien él tenía celos, la apodó con una palabra por extremo deshonesta, que fue de todos oída.

Así sufrían menoscabo y se desautorizaban los objetos más santos y las dignidades de la Iglesia con pasajes indecentes; como sucedió en otro *Auto*, en que salían el Papa y los cardenales, quienes oyendo tocar la Chacuna*, olvidando su elevado carácter, se ponían á bailar aquel deshonesto baile.

Otras veces, por el contrario, tomaba el público grosero las ficciones como verdades, y así aconteció en una ocasión en que se representaba una procesion con la custodia, y los asistentes viéndola se postraron, como si aquello no fuese un simulacro.

Pero todas estas cosas no fueron poderosas á que se proscribiese tal espectáculo, tan estrechamente apogado estaba á las costumbres de los españoles y se necesitó del trascuro de más de un siglo para que, entibiado con el tiempo el ardor popular, pudiese Carlos III prohibirlo definitivamente el 11 de Junio de 1765, de modo que ya no haya vuelto á verse ni en las plazas ni en los teatros.

Porque es de advertir que no contento el público con las representaciones públicas gratuitas, llegaron á verse en los coliseos, en donde se pagaba como en cualquier otro espectáculo.

Millares de personas acudían, y ello es cierto que de lo que menos se acordaban era del sentido místico de la obra, ni, como ya he dicho, los cómicos por su parte ayudaban á que se conservase la ilusión, porque á sus costumbres relajadas y maneras libres, añadían que vestían con muy poca propiedad; saliendo los vicios y las virtudes, y otros personajes alegóricos, así como los áridos patriarcas y hasta las personas de la indivisa Trinidad, con graciosos y júbilo amañado, y ellas más que mediantemente desgraciadas, ya en sus trajes propios, ya vistiendo los de hombre, entre cuyos papeles se contaba de ordinario el de San Juan, encargada por costumbre á las mujeres.

Tales eran los *Autos Sacramentales*, que un tiempo tanto agradaron, viéndose después á ser prohibidos y olvidados hoy de todos, á no ser que los recuerden los aficionados á las letras en los que se imprimieron de *Calderón*.

Los que se han perdido son los innumerables que otros autores, y áun gente sin educación literaria, como artistas por ejemplo, se atrevían á escribir y se representaban por entonces.

Hay á duras penas podemos imaginarnos tales fiestas, entonces tan del gusto de los españoles.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO,
NOVELA DIABOLICA
POR
JOSE FERNANDEZ BREMON.
(Continuación.)

Al concluir de leer estos renglones, Luciano experimentó una sensación de las más desagradables.

—No es posible que Carlota sea la mujer de D. Braulio, dijo con terror: en ese caso ¿cómo la he de pedir razón de su conducta? ¿Cómo me atreveré á mirarle frente á frente? Sería una horrible coincidencia.

Y abriendo un cajón, sacó un legajo en que D. Braulio guardaba sus papeles de familia.

Al ojear algunos documentos, su rostro tomó un aspecto consternado: había visto en una carta la firma de Carlota, y conocido la forma de su letra.

Guardó cuidadosamente los papeles y volvió á mirar al reloj tímidamente.

Entonces hubiera deseado que los minutos fuesen años.

—Bien hace el tiempo en ser neutral con los impacientes y los que desearían retrasarlo, dijo Luciano tristemente, al pensar la rápida transición que habían experimentado sus deseos.

Después esperó con resignación la llegada de don Braulio.

—La devolución de los cuerpos es indispensable: no podemos continuar en un estado tan violento.

Pasó un rato: la puerta se abrió por fin, y D. Braulio entró en el gabinete.

Los dos rivales se contemplaron con recato y sin saludarse. ¿Para qué? Las fórmulas sociales hubieran sido entre ellos completamente irónicas.

Luciano enseñó á D. Braulio las cartas de Clotilde.

Don Braulio presentó á Luciano una carta de Carlota, concebida en estos términos.

«Carlota»

Acabo de encontrar á mi marido. Después de seguirme en la calle, me ha anunciado una visita.

La espero temblando.

Aconséjame.

¿Debo exponerme á una entrevista?

CARLOTA.

Hubo un momento de silencio, que ni uno ni otro se atrevían á romper.

Por fin, dijo Luciano con embezoza:

—Don Braulio, es Vd. un malvado.

Don Braulio respondió sonriéndose.

—Es inútil que me llame Vd. por ese nombre: el cuerpo deshonrado en que Vd. habita no me pertenece: yo soy Luciano Herrera y sólo entregaré este cuerpo á los gusanos. Prepárese Vd. á ser viejo mientras viva. Yo soy el amante de Clotilde. Usted es el marido de Carlota.

CAPITULO XIII.
ENTRE AMIGOS.

Hubo una tréguera momentánea: ambos rivales guardaron silencio, como si no encontrasen palabras para expresar sus sentimientos.

La idea de no poder recuperar su primitiva forma causaba á Luciano verdadero terror, y D. Braulio sonreía de júbilo al notar el efecto que producían sus palabras.

Por fin, el joven, dominando su flaqueza, dijo con acento imperativo.

—Quiero romper el pacto, porque me ahogo en esta cárcel.

—Yo no puedo aceptar el cuerpo que Vd. ha deshonrado y me refugio en el de Vd. para ocultar mi vergüenza.

—Don Braulio!

—Hablemos con calma y sin acalorarnos.

—Sea; dijo Luciano conteniéndose y tomando asiento en la butaca.

—Para que continuemos desde hoy en adelante en la situación que voluntariamente aceptamos, tengo dos motivos. Primero: que mi me resigno á ser algo de cómplice ó de burla ni á representar en el mundo el papel de marido engañado. Segundo: que amo á Clotilde y me quiero redarla.

Luciano quedó confundido al oír aquellas brutales explicaciones: hizo un supremo esfuerzo para no dejarse llevar de un arrebató; porque conocía su mala posición,

JULIO MORENO.

* *Arrieta* es un pequeño teatro de tablado que se usaba antiguamente.

* *Chacuna* es un baile de mascaradas primitivo, que se hacía en la Zocodero, era muy del gusto de los españoles y se prohibió en el reinado de Felipe II.

y porque la costumbre de representar el papel de anciano le había hecho adquirir sobre sí cierto dominio.

—He prometido tener calma y soy fiel á mi promesa, dijo con voz tranquila. Sólo el mal que intencionalmente se causa, merece ser castigado: D. Braulio, si yo hubiera sabido quién era Carlota, no podría en presencia de Vd. alzar los ojos; pero apesar de haberle agravado, puedo decir por lo extraordinario de mi situación: No lo he ofendido á Vd., D. Braulio.

—¿Niega Vd. la evidencia?

—No niego nada, ni es posible. He producido un daño material é impensadamente á un amigo. Estoy en el caso del hombre que cometiese un crimen entre sueños.

—Segun eso, ¿no debo tomar venganza y así devorar mis resentimientos, porque mi ofensor es un fantasma?

—Eso es lo justo: el castigo de mi falta reside en mí: la generosidad de usted lo haría más cruel y duradero.

—¿Los remordimientos... No comprendo ese castigo, que cesa cuando el hombre logra ser feliz, y que apenas ocupa lugar entre los males propios cuando el hombre es desgraciado. Por otra parte la generosidad, en vez de ser una cualidad, es un defecto en ciertos casos; el juez que no aplica las leyes y el que da limosnas con caudal ajeno son generosos como lo es el marido que perdona.

—Pues bien: jamás lo hubiera dicho, pero necesito defenderme. Deshonra á un marido el que hace de su virtuosa mujer una culpable. Don Braulio, ¿por qué abandonó Vd. á su mujer si era virtuosa? si no lo era, ¿por qué me pide Vd. cuentas de su honra?

Don Braulio palideció de cólera, y dijo con acento rencoroso.

—¿No sabe usted qué puede tener su disculpa y su perdón un extravío, y la reincidencia no los tiene?

—Yo quisiera satisfacer á Vd. y desagraviarle: tengo la más completa voluntad de reparar mi mal; pero no estando en lo humano conseguirlo, ¿qué he de hacer sino pedir perdón del modo más humilde?

—Usted reconoce la justicia de la reparación, pero no puede dármele: es entonces natural que yo la busque.

—¿De qué modo?

—Vengándome; la venganza me satisface y me desarma.

—¿Y se venga Vd. persiguiendo á Clotilde?

—Tiene Vd. un medio de salvarla.

—¿Cuál?

—Cedarme el cuerpo para siempre.

—¿No se negaba Vd. á entregarlo?

—Y lo cumplo poniéndole á Vd. en esta alternativa.

—¿Y si me opusiese?

—Sufriría Vd. las consecuencias: yo no puedo volver á ser D. Braulio: necesito esconderme de mí mismo; rechazo ese cuerpo.

—¿Puede Vd. acaso desprenderse del alma? ¿No ha de atormentarle la memoria? ¿No le dirá su entendimiento que los triunfos que consiga no son suyos? ¿Dejará de participar de todo cuanto emprenda Vd. en este mundo?



LAS DOS OJAS.

—¿Acepta Vd. mis proposiciones?

—Las rechazo.

—Pues bien: para que comprenda la trascendencia de su negativa, declaro á Vd. formalmente que no por el placer de vengarme, como Vd. supone, sino por un impulso natural, amo á Clotilde.

—¿Usted ama, D. Braulio? exclamó Luciano con voz desdenosa.

—Acaso no sea amor, si Vd. lo entiende de otro modo. Pero llámese como quiera, Clotilde me fascina, me atrae, me enloquece: yo necesito sus caricias, sus palabras amorosas y sus cartas perfumadas: ese amor fingido y real al mismo tiempo refresca mi alma, me hace revivir y volver materialmente á mis veinte años: viajo seguía siendo bajo esta apariencia de muchacho; pero gracias á Clotilde, rejuvenezco y palpita mi corazón y retoñan en mí aquellos sentimientos. Al lado de esa niña soy

dichoso: cuando oprimo sus manos, parece que arde la sangre de mis venas: qué calor y qué vida me comunican sus miradas.

Don Braulio mentía y observaba con satisfacción á Luciano, cuyas facciones estaban descompuestas.

—Don Braulio, ese amor, esas miradas y esas caricias de que Vd. se envanece, van á mí dirigidas. Usted usurpa mi puesto: está Vd. en el caso del asno de la fábula,

cuando lleno de orgullo creía dirigidos á él los saludos de las gentes á una imagen que conducía sobre las espaldas.

—Acaso tenga usted razón; pero la ilusión es tan completa, que me dejó llevar en sus alas dulcemente. ¿No cree usted algunas veces ser un hombre débil, cuando sus piernas se niegan á dar largos pasos? No siente el alma continuamente la influencia de la materia con que hace vida común? La misma Clotilde ¿establece alguna diferencia real entre el falso y legítimo Luciano?

—Basta, D. Braulio, basta: me declara Vd. la guerra de un modo indigno, aprovechando sus ventajas del momento. Soy noble y no abusaré de las mías causando la desgracia de Adela, que ningún daño me ha hecho; pero procuraré impedir los propósitos de Vd. á toda costa.

La alusión á su hija conmovió á don Braulio, que creía tener á Herrera entre sus manos; pero su rostro permaneció inalterable.

—No divaguemos más: ¿acepta usted el trato?

—No puedo.

—Pues bien: Clotilde por Carlota.

—Trataré de evitar un cambio tan desigual y tan absurdo.

—¿Y si perdiese usted el partido?

—Tomaría el más natural y razonable.

—No adivino.

—Muy fácil: recibir mi cuerpo, casarme con Clotilde y atravesar á usted de una estocada.

—Veo que es Vd. terrible y nuestra mútua unión nos obliga á ser amigos, á lo menos por una temporada.

—¿Amigos?... Seremos aliados.

—¿Nada más?

—Los sentimientos son espontáneos y mi amistad ha concluido: D. Braulio, la lealtad me impide fingir, y me obliga á cumplir lo que prometo.

—Entonces renuncio á mi venganza.

—¿Qué dice Vd.?

—Que estoy vengado.

—Calle Vd., calle Vd.: tenía placer en que fuéramos enemigos por evitarme los gritos de la conciencia: su conducta noble evoca en tropel todos mis remordimientos.

Don Braulio le tendió la mano, y poco despues salía á la calle murmurando:

—Estoy vengado; cuando reflexioné á solas, cuando estelea que cedí á su actitud enérgica, dadará de mí y de Clotilde y de todo. ¡Oh! la duda es un peso que no pueden soportar todas las almas.

En aquel momento, Teodoro, que rondaba la calle de su amada, se acercó resueltamente á D. Braulio, exigiéndole el pago de su servicio y el precio del silencio.

Don Braulio estaba de mal humor y su pesada mano cayó sobre el cogote de Teodoro, el cual rodó miserablemente por la acera.

Media hora despues salia Luciano preocupado con estas reflexiones:

—No me fio de don Braulio: acaso le obligaron á ser generoso mi negativa y mis amenazas: necesito tener una conferencia con Clotilde y avisar á su madre si es preciso.

Un jóven con el traje descompuesto se aproximó á Luciano, diciendo que queria confiarle un asunto delicado.

Sin duda Teodoro hizo á Luciano revelaciones imprudentes, porque algunos instantes despues el infeliz amante rodaba por las piedras.

—Estoy por no levantarme, decia Teodoro, tendido á la larga y rodeado de un grupo de curiosos.

CAPITULO XIV.

DON BRAULIO ESTÁ LOCO.

Harto conocia Luciano su difícil situacion y lo absurdo de su visita á la madre de Clotilde, doña Gartrudis Lopez de Cienfuegos, despues del ridículo suceso ocurrido aquella mañana misma; pero se decidió á arrostrar las burlas de que iba á ser víctima indudablemente, con tal de impedir las maquinaciones de D. Braulio.

Halló á la buena señora conversando con un señor anciano al lado de la chimenea, y á Clotilde ocupada en labores de mano junto á un velador sobre el que lucia una gran lámpara.

(Se continuará.)

los monumentos de las edades pasadas, sino el conservarlas, y formar con los que se prestaren al intento selectas colecciones para la ilustracion de la historia patria.—Pero nunca ha sido tan difícil ni ocasionada á tan graves quiebras, como en nuestros dias, esta erudita empresa; porque sobre pedir de suyo gran dosis de abnegacion en el que acopia y colecciona antigüedades, para mostrarse indiferente y aun conceder generoso perdón á las burladoras cuanto osadas agresiones del doble vulgo de ignorantes y semi-doctos, córrese por una parte el riesgo de caer en los lazos que, en nuestro suelo, empiezan ya á tender á los aficionados muy ingeniosos

bles cuanto son mayores la actividad y los medios pecuniarios que las fomentan y realizan, parecen á todas luces dignos de alabanza, tanto el noble y perseverante celo de nuestros coleccionistas como el generoso desprendimiento que tan á menudo ejercitan en sus ya nada felices adquisiciones.

II.

Notables han sido en verdad las últimamente verificadas por el académico numerario de San Fernando, don Nicolás Gato de Lema, dueño ya de muy escogido gabinete de objetos arqueológicos y artísticos. Dotado el señor Gato de conocimientos nada vulgares en el ejercicio de la pintura, conocedor de la historia de las artes, y animado sobre todo de un amor sin limites por todo lo útil y lo bello, ha logrado en efecto reunir tantas y tales joyas de arte y de antigüedad, que no sin razon puede ser considerado su referido gabinete como un selecto, aunque pequeño museo. Desde los monumentos apellidados prehistóricos hasta los más raros productos de la industria del pasado siglo; desde las ruedas hachas celtibéricas hasta las dagas asiligranadas de Felipe III y los cincelados cuchillos de Fernando VI; desde los grabados en piedras finas y los camafecos greco-romanos hasta los sellos señoriales y los bellos *repujados* del siglo de Leon X; desde los dípticos y trípticos esmaltados de las centurias x.^a y xi.^a hasta las delicadas tablas del *Renacimiento*, todo ha sido visto y allegado por el inteligente académico con igual predileccion y buen gusto, dando á su coleccion extraordinaria variedad y encanto.

A esta peregrina riqueza, fruto de larga perseverancia y de no insignificantes sacrificios, acaba de añadir el señor Gato de Lema varios objetos artísticos y arqueológicos, firme en el doble propósito que le

ha guiado sin tregua al formar su escogido museo. Tales son, entre otros, una bellísima tabla del *Renacimiento* y dos grandes ánforas romanas.

Describir la indicada tabla con el detenimiento necesario para darla á conocer y qualitar debidamente su grande mérito, seria tal vez trabajo impropio de una revista del carácter de la presente y que nos pediria mayor espacio del que para toda ella disponemos. Basta saber á los inteligentes que es, en nuestro juicio, una muy delicada repetición de la bellísima tabla que posee el Museo del Prado, debida á Juan Gossart, más generalmente conocido por Juan de Mabuse ó el Mabuzio, y que representa por tanto á la Madre de Dios con su hijo infante en el regazo; grupo amoroso y encantador, que se muestra ante un gracioso pórtico del *Renacimiento*.—Y decimos que es muy delicada repetición, considerándola obra original, porque abundan en ella las variantes, que á veces mejoran la tabla citada del Museo, tan conocida como admirada en el mundo artístico, refiriéndose aquellas no sólo á la parte arquitectónica, sino también á las figuras.—¿Cómo pudo esta rarísima pieza de la pintura flamenco venir á España? ¿Quién la trajo?—De la tabla existente en el Museo se ha dicho y se ha escrito que fué regalada en ocasion solemne por la ciudad de Lovain (Louvain) á Felipe II; de la tabla,



MODAS.

REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLOGICA.

I. Dificultades del estudio y adquisicion de los objetos arqueológicos.—II. Adquisiciones hechas por los aficionados: gabinetes de antigüedades y objetos de arte de Madrid.—III. Nuevas colecciones trasladadas á esta capital.—IV. Gabinete epigráfico en Cangas de Onís y Memoria arqueológica sobre la Inscripción de D. Pavía.—V. Excavaciones en la antigua Langra y descubrimiento de una construccion mudéjar en Leon.—VI. Descubrimientos arqueológicos en la provincia de Palencia.—VII. Hallazgo y adquisicion de un jarro árabe en Barcelona.—VIII. La casa del Arcediano y el Templo Neolítico de dicha capital.—IX. Monumentos inéditos de arquitectura en España, por el arquitecto de la corona de Hungría señor Schulez.

I.

Nuevos hechos, de no escasa significacion, han venido á demostrar la exactitud de las principales observaciones que expusimos en la anterior revista, sobre el consolador espectáculo que en toda España presentan los cultivadores de la ciencia arqueológica, anudado de la angustiosa incertidumbre y malestar que nos rodean. Siempre ha debido considerarse como empeño loable y meritorio el procurar con solicitud inteligente, y no sin personales sacrificios, no ya sólo evitar la ruina de

falsificadores de objetos arqueológicos, mientras son muy frecuentes por otra los conflictos en que los ponen la competencia de entendidos extranjeros, disputados por hombres poderosos, ó por bien dotados museos, para hacer en nuestro pais este linage de cosecha.

Mucho ha crecido semejante peligro, que se inició con la supresion de monasterios y conventos respecto de las bellas artes, desde el famoso hallazgo de las coronas visigodas verificado en las *Huecas de Guarrasar* en 1858. La rara magnificencia de aquel peregrino tesoro y su importancia histórico-artística, despertando la atencion de los más renombrados arqueólogos de allende los Pirineos, quienes admiraron las expresadas coronas en el Hotel Cluny, mostraron una vez más que era el suelo español depositario de ambicionadas riquezas de antigüedad y de arte, y que no estaba cerrado por cierto á la explotacion de los extraños.—Pululan desde entonces los comisionados en las antiguas ciudades españolas; invaden con frecuencia hasta las últimas aldeas, y, sorprendiendo aquí y allí la crédula ignorancia, haciendo instrumento de sus no plausibles fines á la ciega codicia, restituyense luego cargados de preciosidades á sus respectivos paises, aminoriándose así de cada dia nuestros esparcidos tesoros arqueológicos. Dadas pues estas infatigables pesquisas y colectas, tanto más temi-



BANDIDOS QUE SECUESTRARON A LOS SEÑORES BONELLI Y QUE HAN SIDO MUERTOS POR LA GUARDIA CIVIL. (DE FOTOGRAFIA).

y como no era posible la vida del foro á semejanza de Roma, surgió espontáneamente el café sucursal afortunado de la plaza pública. La fama de Pombo y Lorenzini se remonta á esta época.

Más tarde fué creciendo el anhelo de sociabilidad; de esa sociabilidad cómoda y barata que se realiza en estos establecimientos, y comenzaron á multiplicarse, y el espíritu de especulación se fijó en el negocio. Los veladores de mármol sustituyen á las mesas de pino; el gas al aceite; las cortinillas de indiana dejan sitio á los grandes portieres; donde estaba el reloj de cuco y figuras de movimiento campea una esfera magnífica; el lujo no se detiene y llega á la prodigalidad; se multiplican las luces, se agrandan hasta la exageración los espejos, el oro casi en profusión lastimosa chispea por todas partes, unos tratando de sobrepasar á los otros, llegan al límite extremo, porque no cabe ya más en esa senda de riqueza sobrecargada y de dudoso gusto. La multitud sigue con interés estas evoluciones; hoy admira un café nuevo, mañana celebra otro; pero de día en día son mayores sus exigencias. En este punto lo que comenzó por necesidad vulgar de comodidades y ostentación, se convierte en exigencia de un gusto más delicado. El Café de Madrid fué un paso dado en este camino; pero la diversidad de artistas que en su decoración tomaron parte y la falta de unidad en el conjunto, hacen que aquella tentativa fuese más digna de alabanza por la intención que por el resultado.

Ultimamente, al tratar de construir un café y restaurant nuevos en la magnífica casa que ocupa el solar de las Vallecas, sus dueños han conseguido superar cuanto hasta aquí se ha hecho, uniendo al lujo material de la decoración ese refinamiento de lo rico, que sólo puede conseguirse merced al arte que á todo presta un valor sin límites. Para conseguir este resultado, se ha valido de artistas tan distinguidos como el Sr. Vallejo y los señores Ferry y Busato, de quienes ya hemos tenido ocasión de ocuparnos con motivo de trabajos semejantes. Saliéndose del camino trillado en este género de obras, el señor Vallejo ha encontrado con rara fortuna la fórmula de llenar todas las condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local. Los cuatro cuadros principales y el círculo que lo adornan, en los que se desenvuelven con claridad, merced á bien pensados grupos de figuras, las alegorías de *el té, el café, el chocolate, los licores y los helados*, serian siempre verdadero motivo de alabanza por el esfuerzo de originalidad é ingenio que supone armonizar felizmente ideas tan vulgares con formas y efectos artísticos, si ya por la maestría de las composiciones, la pureza de los contornos y la frescura del colorido, no fueran todos ellos verdaderas obras de arte dignas del nombre de su autor, que aun en éstos, para él fáciles trabajos, deja siempre marcada la huella del talento.

La elegantísima ornamentación estilo de Luis XV que completa el decorado de los salones y en la cual sobre

fondo blanco con filetes, floronas y molduras de oro lucen caprichosas grecas, cuadros de paisaje, pájaros y flores vistosas, está en perfecta armonía con la distinción y elegancia que reinan hasta en los menores detalles y constituyen un trabajo que honra á sus autores los señores Ferry y Busato, verdaderas especialidades en este género.

Por el grabado á que damos lugar en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID, copia de la alegoría de *el té*, una de las más elegantes y acertadas, formarán idea nuestros lectores de una obra cuyo conjunto sólo podrá juzgarse con acierto cuando en el próximo mes se abran al público los salones del nuevo *Café de Fornos*.

B.

MODAS.

Nuestro grabado representa un traje para señora joven, y otro para señorita, de pocas pretensiones y muy buen gusto.

El primero es de foulard de color crudo, que es el matiz que más favor disfruta hoy, y está confeccionado como sigue:

Falda redonda, guarnecida de un ancho volante cortado al hilo y puesto fruncido, sin demasia: este volante, que llega hasta la rodilla, termina en una cabeçilla bastante ancha, fruncida igualmente y puesta hacia arriba.

Delantal de la tela del vestido, que cae sobre el paño de delante solamente, y está adornado de un volante, por mitad de ancho que el de la falda, y adornado con una cabeçilla igual al del que rodea aquella.

Cuerpo con gran aldeta, ó más bien levita no muy larga, de la tela del vestido, adornada de un volante: esta levita está abierta hasta cerca del talle, y el borde adornado de un volante encajonado, y forrado de tul de armar, á fin de que se sostenga derecho.

Mangas adornadas de un volante con dos cabezas puestas hacia arriba.

En el interior del escote lleva el cuerpo una gola abierta de encaje, que termina en un lazo de la misma: cinturón redondo: las mangas interiores son de la misma clase que la gola, y ésta y aquellas se pueden hacer de muselina, tál ó blonda, á voluntad.

Peinado alto por delante, y muy caído sobre el cuello por detrás.

Este elegante equipo sirve para recepción, teatro y comida.

El segundo es un traje para señorita, y su corte especial le hace apropiado para campo, estación de baños, y recibir: es de sultana blanca, de la más ligera: la falda redonda está terminada por unas ondas muy graciosas de forma alargada y nueva: estas ondas están orilladas con terciopelo negro.

Delantal de la tela del vestido, que lleva al borde ondas iguales; bajo las ondas volante de encaje negro: el delantal aparece como atado detrás por medio de un lazo de gros negro, con caídas guarnecidas de encaje.

Casaca floja, redonda por delante, orillada de ondas, y de otro encaje más pequeño: las mangas constan de dos partes figurando la de debajo una segunda: ondas y encaje negro estracho las guarnecen.

Camiseta interior de muselina muy clara, adornada de encaje, ó imitaciones finas: la manga de la camiseta es también ancha.

Peinado alto que termina por detrás en una gran trenza floja y caída: dos bellos claveles color de coral adornan el cabello al lado izquierdo.

Bueno será advertir, que si alguna señorita gusta de este traje debe suprimirle los encajes, reemplazándolos con volantes de la tela del vestido: la suntuosidad dice muy mal con la juventud, y parece como que es la compensación de los áridos cuidados de la vida: si lo elige una señora, el guarnecido rico que presenta el grabado, no puede estar más en su lugar.

No queremos que pase desapercibido un detalle, que puede ser de gran utilidad á nuestras queridas lectoras: las segundas faldas van desapareciendo de los trages, como demuestra bien claro nuestro grabado: tengan esto presente las señoras que hayan de hacerse equipos nuevos.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores, cuyos abonos terminan en fin del corriente, se sirvan renovarlos antes del día 12 de Julio próximo, para que no experimenten retraso en el recibo de los números.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses	32 rs.	EN MADRID.	Tres meses las dos publicaciones
Medio año	48 »		Medio año
Un año	80 »		Un año
EN PROVINCIAS.		EN PROVINCIAS.	
Tres meses	36 »	Tres meses	32 »
Medio año	54 »	Medio año	50 »
Un año	100 »	Un año	120 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año	85 »	Medio año	200 »
Un año	160 »	Un año	350 »
AMÉRICA Y ASIA.			
Un año	240 »		
Cada número suelto en Madrid	4 »		